Los Contemporáneos Núm. 666



EL ILUSTRE PRÓCER

Farsa caricaturesca en tres actos,

ORIGINAL DE

Angel Torres del Álamo : :
: : : : : y Antonio Asenjo

Número extraordinario

20 Cts.

Los Contemporáneos

Año XIII.—Núm. 666
27 Octubre 1921

DIRECTOR: AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA

EL ILUSTRE PRÓCER

ACTO PRIMERO

El Hipódromo. A la izquierda del espectador una tribuna, al pie de la misma sillas y a la derecha un barandal de follaje, siendo el espacio que queda entre el barandal y las sillas el paseo en donde lucen sus toilettes primaverales las elegantes. Al levantarse el telón las tribunas y el paseo presentan una gran animación. En una y otra hay mucha gente (cuanto más mejor).

(*María Luisa, Mercedes, Inés y Conchita en la tribuna. Pepita Fernandina y Catalina en un grupo, sentadas hacia el foro derecha. Julia y Enriqueta que cruzan la escena de izquierda a derecha.*)

M. Luisa.—¿Váis este año a San Sebastián?

Inés.—Sí, pero yo no pienso bañarme en el mar, porque a lo mejor te metes en el agua y como hay muchos cangrejos, sientes cada pellizco...

Merce.—¡Ay qué gusto! como en el cine.

Conchi.—Pues al que yo voy son muy respetuosos los muchachos.

Julia (*Saliendo con Enriqueta.*)—Ahí están las de Carrascosa.

Enrique.—Qué cursi es la pequeña. Vamos a saludarlas. (*Se acercan a las del grupo y se saludan efusivamente.*)

Pepita.—¿Llegáis ahora?

Fernandi.—Me parece que estábais en la carrera anterior.

Catali.—¿No os sentáis un poco?

(*Salen por la derecha y van a ocupar las sillas de delante de la Tribuna Celi, mujer guapa y estrepitosa; Alejandro, su esposo; don Benjamín Valdecilla (ex gobernador y sinvergüenza de R. O.). su hijo Manolo y don Estanislao Sánchez del Olmo, presidente del Congreso. Todos visten elegantemente.*)

Benja.—Ve usted cómo tenía yo razón. Estaba visto que tenía que batir *Lucero* segundo de Garvey.

Celi.—¿Apostaba usted algo?

Benja.—No, señora; pero desde antes de empezar la carrera, vi que *Lucero* tenía un buen *chance*. Es mucho *jokey* ese Grigny.

Alejan.—Para jokey el que tiene nuestro buen amigo el ilustre prócer, es una verdadera maravilla; luego le verán ustedes correr.

Benja.—¿A cómo han pagado las apuestas, señor Presidente?

Olmo.—A siete pesetas por duro.

Benja.—Era a reclamar, ¿verdad?

Olmo.—Sí, ocho mil pesetas han dado.

(*Julito y Blanquita salen por la derecha. A poco Carmita y Mercedes por el mismo lado.*)

Julito.—Chica, qué sombrero más bonito, ¿qué te ha costado?

Blanq.—Reñir con José María.

Julio.—¿Y ese collar tan lindo?

Blanq.—Hacer las paces con Juanito.

Julio.—Que sea enhorabuena.

Blanq.—¿Te has fijado qué descote tan exagerado lleva la mujer de López del Vivar, el banquero? Y para su edad es mucho abultamiento.

Julio.—Pues debía saber, como esposa de un banquero, que los empréstitos se cubren.

Blanq.—Cuenta eso mañana en el periódico.

Julio.—Descuida.

Blanq.—Te lo digo porque buscas para ella tus mejores adjetivos; ayer, dijiste que era un retrato de Madrazo. Y hoy ¿qué vas a decir?

Julio.—Que es una ampliación.

Blanq.—Pero muy retocada, ¿sabes?

Julio.—¿Vas a apostar algo en la primera

carrera? Es muy interesante; no salen a la pista más que tres caballos: "Blac" del duque de Toledo, "Terry" de Garvey y "Carrillo" del marqués de la Casa de los Marcos.

BLANQ.—El ilustre prócer, como le llama todo el mundo.

JULIO.—Su dinero le cuesta.

BLANQ.—Pues no pienso apostar nada porque ya he ganado. Si llega el primero a la meta "Blac", me regala el Conde, una Villa en Biarritz y si el ganador es "Terry", se ha comprometido Pepe Luis a comprarme un hotelito en Deva.

JULIO.—La contra es que gane el tercero.

BLANQ.—No importa, porque en ese caso tengo quien me regale las dos cosas. (*Pasan Carmita y Mercedes. Carmita se expresa con acento ligeramente chulón.*)

CARMI.—¿Sabes que las de Bochinche han tenido que suspender la novena al Cristo de la Fe?

MERCE.—¿Está enferma alguna de ellas?

CARMI.—No es por ahí, es que ha dicho la mayor, que cómo van a ir todos los días con el mismo traje?

MERCE.—Es gracioso.

CARMI.—Ayer estuve en Apolo viendo a Casimiro "El asombro de Damasco", está brutal.

MERCE.—Pues a Isabelita la Plana, no la han dejado sus padres ir a ver el "Asombro" porque dicen que es inmoral.

CARMI.—Y en cambio la dejan que tenga en la mesilla de noche el retrato de varios luchadores. ¡Anda!, vamos a recoger a Marichu, que está allí con mi mamá. (*Mutis por la izquierda.*)

OLMO.—Ya sabrá usted, que en el Consejo de esta tarde, se despacha la combinación de gobernadores y que le mandan a usted a una ciudad de Castilla, seguramente.

BENJA.—Ayer me dió su palabra el jefe de nombrarme y quedará satisfecho de mi gestión, porque nosotros los de la derecha...

CELI.—¿Pero usted no era de la izquierda?

OLMO.—Eso era cuando mandaban los liberales. Nuestro amigo Valdecilla es un hombre consecuente. Será siempre ministerial.

MANOLO (*A don Benjamín.*)—Papá, me parece que el Presidente te ha puesto un par de fuego.

BENJA. (*A Manolo.*)—Como te fijes en pequeñeces, no harás carrera, hijo mío. (*A todos.*) Desde que supe la noticia, estoy pensando, ¡qué haría yo que no haya hecho nadie!

OLMO.—Haga usted un elogio suyo.

BENJA.—Usted tan bromista como siempre.

MANOLO (*A don Benjamín.*)—¡Papá!

BENJA. (*A Manolo.*)—Pequeñeces, hijo, pequeñeces. (*A Olmo.*) También creo que se provee hoy la subsecretaría vacante. ¿Hay muchos candidatos?

ALEJAN.—*A B C* dice que se indica a García Ramírez y a Sánchez Luque.

BENJA.—Y en *La Libertad* he leído que los indicados son el marqués de Campoameno y don José Monelta.

OLMO.—Lo de siempre, que se indican ellos mismos por si pican.

CELI.—Antes de que se me olvide, mándeme usted para mañana, señor Presidente, dos papeletas para el Congreso, porque no sé de qué me sirve tener un marido diputado.

OLMO.—Con mucho gusto. Pero qué pasará que desde hace una temporada no recibo más que peticiones de las señoras?

CELI.—¿Le molesta a usted, que las señoras le pidan algo?

OLMO.—A mí me pasa lo que a don Antonio Cánovas; no me molesto por lo que me piden las señoras, sino por lo que me niegan. ¡Me gustan tanto!

CELI.—Y si le gustan a usted, ¿por qué no se casa?

OLMO.—Por eso precisamente.

ALEJAN.—Pues yo he oído contar no sé qué aventura amorosa de su juventud que fué muy sonada.

CELI. (*Demostrando gran curiosidad.*)—¿Qué fué ello, qué fué ello?

OLMO.—Nada, aquello pasó a la historia.

CELI.—¿No quiere usted satisfacer la curiosidad de una mujer?

OLMO.—Se trata sencillamente de que yo tenía cierta clase de relaciones con una muchacha guapísima. Un día me enteré de que yo era plato de segunda mesa y me vengué horriblemente.

CELI.—¿La mató usted a ella?

OLMO.—Peor.

CELI.—¿A ella y a él?

OLMO.—Mucho peor, ¡los casé! (*Se ríen.*)

BENJA.—Justicia seca.

ALEJAN.—¿Qué le pasará al Marqués que se retrasa?

CELI.—Es que como ha oído decir que es muy elegante llegar tarde.

ALEJAN.—Oiga usted Presidente; ¿es verdad que el Marqués entró en Madrid con zuecos?

OLMO.—Como que aún se oyen cuando habla.

CELI.—Pues dicen que se ha afinado mucho.

OLMO.—La educación es como la lija, alisa, pero no mejora la madera. Pero amiga mía, la guerra ha fabricado muchos personajes.

CELI.—Este nuestro, hasta un título ha comprado y bien presume con él.

OLMO.—Claro, como que la nobleza de verdad es como el perfume, el que lo lleva desde la cuna no lo siente.

ALEJAN.—Lo que es la suerte; ahora es diputado por el artículo 29.

OLMO.—No, por el 43.000... que son los duros que le ha costado.

ALEJAN.—Es igual; todo el mundo le llama el ilustre prócer. Antes era Paco García y Pérez y ahora se llama Francisco de Asís, García de los Marcos y Pérez del Pulgar.

CELI.—Vamos, que desde que es personaje ha cogido unos Marcos y ha metido un Pulgar.

OLMO.—Yo creo que ha metido toda la mano. Pero a todo esto estamos cortándole un traje al Marqués, sin reparar en que se halla presente, su futuro consuegro y el prometido de la niña.

BENJA.—Por Dios, señor Presidente... el amor es ciego.

OLMO.—Y sordo, ¿verdad, pollito?

MANOLO (*A don Benjamín.*)—Nos están poniendo en ridículo.

BENJA. (*A Manolo.*)—Como te fijes en pequeñeces nunca serás nada.

JULIO (*A Blanquita.*)—Voy ahora, con tu permiso, a saludar al señor del Olmo y a los de Calino.

BLANQ.—A los frescos de los Valdecillas también, valiente padre y valiente hijo; bien sorbido le tienen el seso al ilustre prócer; menuda bodita va a hacer el niño. Ya puedes ir preparando la crónica.

JULIO.—Adiós, mala persona.

BLANQ.—Ah, y que sea enhorabuena, que la mujer de Calino te pone buena cara.

JULIO.—¿Tienes algo que decir de ella?

BLANQ.—Que el marido la llama su cara mitad...

JULIO.—Será por lo que le cuesta. (*Se acerca Julio al grupo de los Calino. Saludando a todos.*) Señores, buenas tardes. Don Benjamín, ya sé que una ciudad de Castilla, está de enhorabuena porque le tendrá a usted de gobernador.

BENJA.—Mis correligionarios han sabido premiar mis servicios.

JULIO.—¿Pero usted no era republicano?

OLMO.—Eso fué en el ochenta, ¿verdad?

JULIO.—Se dice por ahí que va usted a emprender una campaña contra el juego en la provincia de su mando.

OLMO.—Ya lo creo como que con don Benjamín no se juega.

BENJA.—Y en lo de la subsistencias seré inexorable. Exportación que se descubra...

OLMO.—Obligará usted a que le den parte.

MANOLO (*Un poco nervioso.*)—Papá, me voy a dar una vuelta.

BENJA. (*A Manolo.*)—Si te fijas en pequeñeces... (*Manolo se va a pasear con Bermúdez.*)

CELI. (*A Julio.*)—Julito, qué entretenido estaba usted hace poco, con aquella muchacha.

JULIO.—¡Pchs!

OLMO (*A Julito, llevándoselo aparte.*)—Marcelina está celosa.

JULIO. — Ya sabe usted que una mujer tan... voluble no es mi tipo, ¡con un marido a bordo!

OLMO.—Son tal para cual; porque él, como usted sabe, cada quince días tiene un apañito.

JULIO. — ¿Y con quién está arreglado ahora?

OLMO.—Con su mujer.

BERMÚ. (*A Manolo, mirando hacia la izquierda.*)—Te advierto que Marichu está allí.

MANOLO.—Ya la veré luego.

BERMÚ.—Sí que estás enamorado; y eso que tienes relaciones oficiales; no sé qué será el día que os caséis.

MANOLO.—Comprenderás que hay que hacerse valer; que los novios no se encuentran detrás de la puerta.

BERMÚ.—Mira; ahora se encamina hacia aquí.

MANOLO.—Pues vámonos hacia otro lado, porque viene con esa Carmita, que es más antipática... Luego me haré el encontradizo.

BERMÚ.—Te vas por si meriendan y hay que pagar. (*Se van los dos por la derecha.*) (*Marichu con Carmita, por la izquierda.*)

CARMITA.—Ahí va Manolo...

MARICHU.—No le llames; ya le veré luego.

CARMITA.—Qué marchoso va; quita la cabeza.

MARICHU. — Carmita, por Dios, qué lenguaje es ese. Si te oye tu papá, académico, catedrático... ¿Dónde aprendes esos terminachos?

CARMITA.—De mis hermanos. Ya ves; el mayor, que asciende ahora a secretario de Embajada, es el más postinero. Bueno, con franqueza; ¿tú quieres al chico de Valdecilla?

MARICHU.—Sí. (*Como si dijera que no.*) Y como papá desea colocarme cuanto antes; yo lo comprendo. Papá comienza ahora a vivir su tercera juventud, y yo soy, sin querer, un estorbo y una preocupación. ¡Cuánto echo de menos a mi madre! Si vieras con qué envidia miro a tantas y tantas muchachas que salen los domingos con su padre y con su madre. (*Suspira.*)

CARMITA.—No te pongas cursi ni me des el té. Si no quieres a Manolo, "plántalo".

MARICHU.—Mira; fuimos el domingo en "auto" a la Dehesa de la Villa para ver unos terrenos que compró papá por dos ochavos, y que ahora valen una fortuna con esto del Metro. ¡Mi padre no piensa en otra cosa!

CARMITA.—¿Y qué pasó?

MARICHU.—Que vi a una muchacha del pueblo, llorando con un desconsuelo...

CARMITA.—Le habría calentado el frac su novio; en los suburbios las gastan así.

MARICHU.—No, mujer. Lloraba porque su madre no la dejaba entrar en un baile. ¡Pobre madre! Sin querer se me saltaron las lágrimas; tuve a un mismo tiempo envidia y rabia; tan bonita, tan mona, llorar, en vez de reir, porque le reñía su madre. ¡Qué daría yo porque me riñera, porque me pegara, porque me tuviera en un puño mi madre! Como a ti no te falta, no puedes comprenderme. Además, tengo la desgracia de ser hija de un millonario.

CARMITA.—Que te crees tú eso; pero que no es por ahí.

MARICHU.—No te asombres; yo no puedo apartar de mi imaginación que a mí me pretenden por los millones de papá. (*Se acercan al grupo de Benjamín y compañía.*)

BENJA. (*Mirando hacia la derecha.*)—¡Señores; qué estrepitosa viene hoy la viuda de Cliquot! (*Entra la viuda, que viste estrepitosamente. Habla en andaluz.*)

VIUDA.—Dios guarde a ustés. Hola, Marichu. Ha corrido ya el caballo de tu padre.

MARICHU.—Todavía no.

VIUDA. — Me he retrasado un poquitiyo, porque he tenido que rendir las cuentas de la tómbola del otro día, y he estao haciendo los preparativos de una kermesse benéfica para los pobres de la Inclusa; y además estoy organizando una función, a beneficio de los niños de las cangrejeras de la Cebada; y una becerrada para el dote de las solteras de Biarritz. ¡Ah! Antes de que se me olvide. (*Abre el bolso. Al presidente.*) Tome usted esas quince butacas, que ya me las pagará usted. (*A Benjamín.*) Y usted, tome ese palco. (*A los Calino.*) Y a ustedes les he reservado la mejor platea. (*A Julito.*) A usted no le coloco una butaquita de orquesta, porque no he tenido el gusto de ser presentada.

OLMO.—La señora viuda de Carrascal.

VIUDA.—O la viuda de Cliquot, como me llaman por ahí; porque me perezco por el champagne.

OLMO.—Julito del Horno, brillante cronista de "A B C".

VIUDA.—Ya, ya le conozco a usted; le leo todos los días. Dígale usted a don Torcuato, que es muy amable, que no deje de publicarme la noticia de la partida de polo que estoy organizando a beneficio de las víctimas de los automóviles.

OLMO.—Usted quiere arruinar al pueblo de Madrid.

CELI.—¿Y esos billetes de qué son?

VIUDA.—De un concierto que preparo el día 15, para comprar la cena de Nochebuena a los pobres del Puente de Vallecas.

ALEJAN.—¡Pero si estamos en primavera!

VIUDA.—Hay que ser prevenido. ¡Ah! Ya se habrán ustedes enterado de que Ramírez, el diputado provincial, le ha comprao a la prójima un collá divino.

CELI.—¿De piedras preciosas?

OLMO.—Sí; de adoquines.

VIUDA.—Me lo ha contao él en secreto. Y también me han dicho, en secreto, claro está, que González y López, ese diputadillo nuevo, le estaba a usted poniendo ayer, en el merendero del Congreso, como un guiñapo.

OLMO.—Me extraña que hable mal de mí, porque no le he hecho todavía ningún favor.

VIUDA.—Ya sabrán ustedes que no está de moda el Cristo de la Fe.

CARMI.—¿Pues cuál es el santo que ahora priva?

VIUDA.—San Judas Tadeo; pero a mí no me va, porque le pedí que pusiera bueno al pobrecito de mi marido, y a los tres meses se murió.

CARMI. (*Aparte.*)—Y se queja.

CELI. (*Con mucho interés.*)—¿Qué santo ha dicho usted que es?

VIUDA.—¡San Judas Tadeo! ¡Ay, mi Pepín, con lo que yo le quería! (*Se aflige un poco.*)

JULIO.—Por Dios, señora; no se conmueva usted en estos momentos.

VIUDA.—No lo puedo remediar (*Se limpia una lágrima.*)

OLMO (*Aparte a Julito.*)—Llora por el muerto para enternecer a los vivos, y eso que el vivo que a ella le gusta no ha venido aún.

JULIO.—El marqués.

OLMO.—Exactamente: que como está viudo tampoco le parece costal de paja la señora.

VIUDA.—Lo que él gozaba en estas fiestas hípicas: qué afición le tenía a los animales; cómo me quería a mí. Ah, señor presidente. Con permiso. No se habrá olvidado de mi recomendación.

OLMO.—Tendrá usted el permiso para la kermesse.

VIUDA.—No es eso. Me refería al interés que tengo en que la subsecretaría esa que hay vacante se la den al marqués.

OLMO (*Con malicia.*)—Será usted subsecretaria.

VIUDA.—Qué malito es usted. (*Dirigiéndose a todos.*) Y hablando de todo un poco; han leído ustedes ese crimen tan espantoso.

ALEJAN.—Ah, sí; ese padre que ha matado a su mujer, a sus cinco hijos y luego se ha suicidado.

CARMI.—¡Bestial!

BENJA.—¡Horrible!

VIUDA.—Señor del Horno; tiene usted que ayudarme a organizar un beneficio, para meter en un colegio a esas pobres criaturas.

JULIO.—Pero, señora, si han muerto todas.

VIUDA.—¡Calle, pues es verdá! No me había fijao. Mi monomanía caritativa...

MARICHU.—Estos días trae la Prensa cada relato sanguinario...

VIUDA.—A mí, la verdad, me gusta que haya crímenes, porque si no vienen muy aburridos los periódicos.

MARICHU.—Entonces, hoy se habrá usted divertido con esos perros rabiosos que han aparecido en Játiva.

BENJA.—Yo lo he leído y es espantoso. Por eso a mí los perros no me gustan. Tuve uno tan inteligente, que distinguía los pillos de las personas decentes; pero lo regalé.

VIUDA.—¡Le mordió a usted quizás!

CARLOS (*Por la derecha.*)—Saludo a ustedes con las palabras de ángel. (*Todos le saludan efusivamente.*)

JULIO.—¿Qué hay, secretario?

OLMO.—Hola, Carlitos; yo te llamaré siempre Carlitos, aunque estés sentado, que lo estarás, en la poltrona ministerial.

VIUDA.—Ya se lo he pronosticado yo... y tengo un ojo...

CARLOS.—Usted me llama como quiera, y en cuanto a lo de la poltrona, con el respeto y el cariño que le profeso, le diré que sigo en la acera de enfrente.

BENJA. (*Aparte.*)—Este repara en pequeñeces.

CARLOS.—Lo de la poltrona se queda para mi ilustre jefe.

OLMO.—Es que el marqués tiene un talento natural enorme.

VIUDA.—Qué me va usted a decir. Ayer me contaba en el mayor secreto el negocio que hacía, si se le hubiese ocurrido ser usurero.

CELI.—Cuente usted, cuente usted.

VIUDA.—Pues prestaría dinero al ciento por ciento y cobraría los intereses adelantados.

CELI.—¿Y es buen negocio?

VIUDA.—Fíjese: yo le presto a usted quinientas pesetas. Como los intereses son otras quinientas y las cobro adelantadas, resulta que no le tengo que dar nada y me debe usted quinientas pesetas. (*Se ríen todos.*)

MARICHU.—No hagan ustedes caso; son bromas de Lola. (*A Carmita.*) Anda; vamos a dar una vuelta. (*Mutis Marichu y Carmita por la izquierda.*)

CARLOS.—Pero lo que usted ha dicho es verdad. Don Francisco tiene un talento natural enorme; y no le censuro a él, sino a los que le ponen en ridículo. Ayer comió en casa un escritor que roba las comedias hechas, y le contó a don Francisco que la poesía premiada en el certamen de Cremona era suya, aunque la firmaba don Juan Manuel de las Casas.

OLMO.—Yo felicité el otro día a Casas, diciéndole: "Ya habrás sudado para construir esos alejandrinos." Y me contestó: "Pues rara es la mañana que al lavarme, tarareando, no se me caen ocho o diez." (*Ríen todos.*)

CARLOS.—Vamos, que caérseles los alejandrinos.

OLMO.—Fué una broma que le di, porque la poesía premiada estaba en quintillas.

BENJA.—Pequeñeces, y nada más que pequeñeces. Eso pasa en todas partes.

CARLOS.—¡Qué ha de pasar! En el mundo influyen hoy los ingenieros; aquí siguen influyendo los ingeniosos.

JULIO.—Entonces usted cree que si seguimos así nos echarán de Europa.

CARLOS.—Es usted un vidente. Aquí, todo lo disculpamos y no se pone remedio a nada. Media España no tiene agua potable y apaga su sed con los microbios de las calenturas; la gente se baña sólo por prescripción facultativa y hay tiros para que se vacunen.

OLMO.—Estás equivocado; nosotros lo hemos hecho todo en el mundo. Ahora mismo tenemos los mejores cirujanos; los hombres de ciencia más eminentes; el mejor histólogo; los más grandes pintores; el único teatro que sobrevive a la guerra es el nuestro, y por si esto fuera poco, nuestra juventud es inapreciable, y te pongo a ti cómo la muestra. Tú serás personaje. Tienes talento, te empujamos el marqués y yo, y sobre todo (*En tono confidencial y apartándose de los demás, que pasean hacia la izquierda.*) te empuja el amor...

CARLOS. — Ya sabe usted, don José, que ella no puede amarme; está demasiado alta para que se fije en mí.

OLMO.—Bah, bah. Juntos os habéis criado y ella ya sabes que te quiere.

CARLOS.—Como a un hermano, es verdad. Todo me lo cuenta, todo me lo consulta; su padre me la confía como si fuera él mismo. Pero ya sabe usted que don Francisco quiere para ella un personaje, y el hijo de don Benjamín le tiene como atontado; es diputado, el padre gobernador; están metidos en la sociedad; el niño juega al polo, al tennis, va en "auto"...

OLMO.—Sí, sí; trabaja en todo lo que no da de comer...

CARLOS.—Y vive de explotar a los imbéciles.

OLMO.—Pues se están comiendo su fortuna. Pero don Francisco debe recordar que si ahora es un personaje, cuando empezó a meterse en negocios, tus consejos, tu talento le sirvieron de mucho. Desengáñate; la muchacha será tuya.

CARLOS.—Este amor morirá conmigo; y usted, que es la única persona que lo sabe, se callará.

OLMO.—Y no crees que podría favorecerte que ese amor que ocultas lo supiera todo el mundo.

CARLOS. — Algunas veces he pensado divulgarlo; pero me falta decisión.

OLMO.—Pues el día que te determines a hacerlo público, yo te indicaré un medio. Se lo cuentas en secreto a la viuda de Cliquot.

CARLOS (*Riendo.*)—Qué gracioso es usted.

OLMO.—Te lo digo en serio. Esa señora, que aparte de sus chifladuras y de que nos deja sin un céntimo, es una buena persona que te aprecia y su ayuda podrá valerte. Ya sabes por qué...

VIUDA (*Que sale en este momento, con los de Calino, por la lateral izquierda como paseando.*)—Pues sí; desde mi cuarto se oyen las palizas que le da el vecino a su mujer. Vaya usted mañana con la suya, verá usted lo que nos divertimos... ¡Ah! Allí está el marqués; qué tipo más distinguido tiene.

(*Don Francisco viste chaquet gris, cristera del mismo color, botines de piqué y lleva gemelos en bandolera. Todos le saludan afectuosamente al entrar.*)

BENJA.—¡Querido marqués!...

VIUDA.—¿Cómo se ha retrasado tanto?

FRANCIS.—En cuanto llega la época de las carreras, no salgo de la cuadra.

OLMO (*Aparte.*)—Bien vengas mal...

FRANCIS (*Mirando a todos lados.*)—Qué animación. Está, como dijo el otro, de bote en bote; no cabe la punta de un alfiler, y la pista presenta el aspecto de las grandes solemnidades.

OLMO (*Aparte.*)—Cuando yo decía...

FRANCIS. (*Aparte a Olmo.*)—Señor presidente. ¿Le hizo usted al jefe mi recomendación?

OLMO.—Descuide usted. Será usted subsecretario. Puede que en el Consejo de esta tarde.

FRANCIS.—Gracias, gracias. Ya sé que no se ganó Zamora en cinco minutos; pero... ¡ah! (*A Benjamín.*) Perdone usted, mi querido amigo. Se me había olvidado felicitarle por su nombramiento. Será usted un gobernador modelo; honrado como Cartón.

CARLOS (*Aparte a don Francisco.*)—Diga usted Catón.

FRANCIS. (*Aparte a Carlos.*)—¿Para qué?

CARLOS.—Porque se dice así.

FRANCIS.—¿Estás seguro? Carlitos. Honrado como Catón...

BENJA.—Muchas gracias. No tardaremos en felicitar a usted también. (*Aparte y confidencial.*) Le he dicho al jefe que era cosa mía.

FRANCIS. (*A Julio, que sale de la izquierda.*) Qué hay, pollo, ¿se escribe mucho?

JULIO.—Regular. ¿y usted? Ya me han dicho que va usted a probar fortuna en el teatro.

FRANCIS.—Sí; he pensado estrenar un drama, que he mandado escribir, porque yo estoy tan ocupado...

(*Marichu y Carmita, por la izquierda. Manolo y Bermúdez, por la derecha.*)

CARMI. (*A Marichu.*)—Ahí le tienes.

BERMU. (*A Manolo.*)—Mira, tu novia.

MANOLO (*Saludando a Carmita.*)—Hola, Carmita. (*A Marichu, muy cariñoso.*) Nenita, llevo dos horas buscándote, que lo diga éste.

BERMU. (*Aparte.*)—¡Qué embustero!

MARICHU.—Y yo a ti, que lo diga Carmita.

CARMI. (*Aparte.*)—¡Qué bolera!

MANOLO.—Me he desojado mirando a todas partes.

BERMU. (*Aparte.*)—Para no encontrala.

CARMI.—Y nosotras también nos hemos desojado. (*Aparte.*) Para darte esquinazo.

MANOLO.—¿Has venido con tu padre?

MARICHU.—Papá acaba de llegar; he venido con Carmita y su mamá. (*Muy melosa.*) Esta mañana me has tenido al balcón más de media hora esperando a que pasases.

CARMI. (*Aparte.*)—Hay que ver, y ha estado toda la mañana en mi casa.

MANOLO.—No he podido ir siquiera, porque ha llegado una Comisión del distrito y he ido con ella a Fomento y a Gobernación.

BERMU. (*Aparte.*)—Se le ha olvidado que se acostó a las seis de la mañana, borracho, y se ha levantado a las dos.

MANOLO.—Tú me perdonas, ¿verdad?

MARICHU.—Si no me engañas.

CARMI.—Con permiso de ustedes, me retiro.

BERMU.—Y yo.

MARICHU.—No se vayan.

CARMI.—Soy muy joven para estar en cierto balneario de la provincia de Guipúzcoa... (*A Bermudez.*) Acompáñame, Guillermo...

MARICHU (*Rápida a Carmita.*)—Vuelve en seguida.

MANOLO (*Rápido a Bermudez.*)—En cuanto puedas me buscas con cualquier pretexto.

CARMI. (*Al mutis con Bermudez.*)—Este noviazgo es de Sión.

BERMU. (*Aparte.*)—Para Manolo su novia es una píldora, solo dorada la puede pasar.

MANOLO.—Qué pesadez, creí que se iban a estar todo el tiempo con nosotros.

MARICHU.—¿Tenías deseos de que nos quedásemos solos?

MANOLO.—Eso no se pregunta. ¿Y tú?

MARICHU.—Figurate. Estos ratos son mi felicidad.

MANOLO.—No sabes el disgusto que he tenido esta mañana por no poderte ver. Pero ahora, como te tengo delante, ya estoy contento. Si vieras nenita qué desesperado estoy.

MARICHU.—¿Tú? ¿Por qué?

MANOLO.—Ya te lo puedes figurar; ¿o no has pensado en él?

MARICHU.—¿A qué te refieres?

MANOLO.—Al nombramiento de papá. En breve se irá a tomar posesión, y yo le tengo que acompañar, para desempeñar la secretaría particular. No se fía de nadie.

MARICHU.—¡Qué contrariedad!

MANOLO.—Pero supongo que irás allí con tu padre, a la finca que tenéis, y yo haré escapadas a Madrid.

MARICHU.—Pero a mí me gusta verte todos los días.

MANOLO.—¡Y a mí! (*Aparte.*) Ya podía venir ese... (*A ella.*) Tengo unas ganas de que nos casemos, para no hacer nada...

MARICHU.—Hay que tener un poco de paciencia, ¿verdad riquín? (*Aparte.*) ¿Dónde estará esa Carmita? (*Siguen hablando bajo.*)

FRANCIS. (*Aparte a Carlitos.*) — Carlitos, con permiso de estos señores. Llégate a la Presidencia y procura enterarte...

CARLOS (*A don Francisco.*)—Descuide usted. (*A todos.*) Hasta ahora, señores. (*Inicia el mutis por derecha.*)

MARICHU.—¿A dónde vas, Carlitos?

CARLOS.—A la Presidencia, ya sabes... (*Mutis.*)

MANOLO.—¿Por qué tratas con tanta confianza a ese hombre? Te tengo dicho que no me gusta.

MARICHU.—¿Pero no estás harto de saber que nos hemos criado juntos y nos queremos como hermanos?...

MANOLO.—Sí; pero él, después de todo, es un criado vuestro.

MARICHU.—Es el secretario de papá; tiene una carrera y todo el mundo le considera y le estima.

MANOLO.—Bien, bien; pero vete acostumbrando a la idea de que cuando seas mi mujer tiene que desaparecer esa confianza. La señora de un Valdecilla no puede tutearse con un dependiente del padre.

CELI. (*Avanzando desde el foro, donde formó grupo con la viuda, Alejandro y Olmo.*)—Pues yo creo que para una mujer que quiere a su marido, lo más molesto es que sea celoso.

VIUDA.—Al contrario, lo más molesto es que no lo sea.

FRANCIS.—Yo opino que los celos son cariño.

BENJA.—Y un hombre celoso es capaz de todo.

OLMO.—Cuenta la mitología que Júpiter se convirtió en toro por conquistar a su mujer.

VIUDA.—Pues en el mundo hay muchos jupíteres, ¿verdad señor de Calino?

ALEJAN.—Los hay, los hay.

BENJA.—Yo opino como Marcelina.

CELI.—Por Dios, Valdecilla, no me llame usted Marcelina, que es muy ordinario; llámeme usted Celi, como todos mis amigos.

BENJA.—Es que la verdad, Celi, me resulta nombre de cupletista.

FRANCIS.—Pues llamarla Celita, es muy taurófilo.

VIUDA.—Llámela usted Celinita.

FRANCIS.—Eso es un explosivo.

JULIO (*Por la zquierda.*)—Vengo de las apuestas y se cruza bastante dinero. Que sea enhorabuena, Marqués, es usted el favorito.

MARICHU. — Vamos a ver qué dice Julito de las apuestas. (*Se acercan al grupo y a poco salen Bermudez y Carmita.*)

FRANCIS.—Como que el caballo que va a correr hoy es una alhaja.

CELI.—¿Quién lo monta?

FRANCIS.—Patrik, el rey de los "jockeys".

VIUDA.—¿Ese tan menudillo? Parese er remate de un ramillete; no debe pesar na.

FRANCIS.—Es peso pluma; pero ayer todavía adelgazó dos kilos.

VIUDA.—Que no somos de pueblo.

FRANCIS.—¡Ah! ¿Pero usted no sabe que los "jockeys" adelgazan cuando quieren? Patrik, ayer, se tomó dos baños calientes, se puso luego tres o cuatro chalecos y uno de hule, y se tiró al cuerpo no sé cuantos kilómetros; y ahí le tienen ustedes que parece un alfeñique. Y mañana recuperará lo perdido con la misma facilidad. Bueno, voy a echar un vistazo a los caballos.

BENJA.—Le acompañaré a usted.

FRANCIS.—Y Lolita, ¿no nos acompaña también?

VIUDA.—Ya sabe usted que el "sport" hípico no es mi fuerte.

MARICHU.—¿Dónde vas, papá?

FRANCIS.—A la cuadra.

MARICHU.—No te vayas a quedar allí como la otra tarde. (*Mutis don Francisco y*

Benjamín por la izquierda.—A los tertulianos.) ¡Le gustan tanto los caballos!

OLMO. *(A la Viuda.)*—¿Cómo no acompaña usted al Marqués, habiendo esas corrientes de simpatías?...

VIUDA.—Porque las viudas han de ser como las solteras. sin aparentar su ignorancia.

CELI.—Miren ustedes quién va por allí, la de López Membrillo. ¡Qué lujo! Cómo se conoce que tiene un capital.

VIUDA.—Esa no tiene más capital que los siete pecados.

JULIO.—Pero es una mujer muy original.

VIUDA.—No lo crea usted. Es traducida.

BERMU. *(A Marichu.)*—¿Estuvo usted ayer en el concierto?

MARICHU.—No, ayer fué un gran día para mí. Por la tarde oimos a Cardona en San Francisco el Grande, y por la noche vimos a la Hidalgo en el Reina Victoria.

OLMO. *(A Manolo.)*—Pollo, está usted preocupado, ¿ha reñido usted con Marichu?

MANOLO.—No, señor, pero me molesta mucho la confianza con que trata al criado de su padre.

OLMO.—¿Quién? ¿A Anastasio, el ayuda de cámara?

MANOLO.—No; el tal Carlos.

OLMO.—Es que Carlos no es un criado, es licenciado en Leyes y Letras, tiene mucho talento y será un personaje.

MANOLO.—Pero no debemos olvidar que ha sido chico de recados en una tienda, y ha fregado los suelos. ¡Qué diferencia entre él y yo!

OLMO.—¡Ya lo creo! Otros seguirían barriendo los suelos...

MANOLO *(Dá media vuelta.)*—Y a esto le llama mi padre pequeñeces.

(Salen don Francisco y Benjamín.)

FRANCIS. — ¡Qué interés ha despertado esta carrera!

VIUDA.—Y usted está interesadillo.

FRANCIS.—Sí, señora; pero pronto saldremos de duda, porque no hay plazo que no se cumpla. ahora o nunca. y la suerte está echada. ¿Les parece a ustedes que subamos a la tribuna?

VIUDA.—Vamos, vamos. *(Se dirigen hacia la tribuna.)*

FRANCIS. *(A Olmo, Benjamín y Julito.)*—Acabo de toparme con la mujer de López Cano, que es seductora como Cleopatra y hermosa como una Venus.

JULIO.—¡Quién fuera su abanico!

BENJA.—¡Quién fuera el collar que lleva puesto!

OLMO.—¡Quién fuera el cinturón que la oprime!

FRANCIS.—¡Quién fuera el marido! *(Han ido subiendo a la tribuna.)*

MARICHU.—Qué aspecto presenta hoy el Hipódromo.

FRANCIS.—Hombre, Julito: ¿quién es aquella muchacha tan distinguida que lleva un traje blanco?

JULIO.—Es una Carranza; la han presentado hace poco en sociedad.

VIUDA.—¿Quién ha dicho que es?

FRANCIS.—Una Carranza. *(A Julio.)* ¿Y aquella otra, tan distinguida, que acompaña a las de Valsalobre?

JULIO.—Juanita la Cerda, la hija mayor del banquero.

VIUDA.—¿Quién ha dicho que es?

FRANCIS.—Una Cerda.

CARLOS *(Entra jadeante y sube a la tribuna.)*—¡Albricias, don Francisco!

FRANCIS.—¿Qué pasa?

CARLOS.—Que mañana se publica en la "Gaceta" su nombramiento de subsecretario.

FRANCIS.—¿Pero has estado en la Presidencia?

CARLOS.—No he llegado. En el camino me encontré a ese muchacho tan simpático de *El Liberal*, que se llama Larios, que venía del Consejo, y me dió la noticia.

MARICHU *(Abrazándole.)*—Que sea enhorabuena, papaíto. ¿Me comprarás la pulsera prometida? *(Todos felicitan a don Francisco.)*

VIUDA.—Lo prometido es deuda. La semana que viene organizamos un partido de pelota a beneficio de los presos mayores de cuarenta años. Y que todos los empleados dejen un día de haber y al que se niegue..., cesante.

CELI.—No dirá usted que no nos hacen caso. A ver si ahora aprieta usted al jefe y le saca una Dirección general a mi esposo, porque si yo no me muevo, él no hace nada.

FRANCIS.—Y usted cree que yo...

JULIO.—Le tengo que hacer a usted una recomendación.

FRANCIS.—Cuando usted quiera. *(A Olmo y Carlitos.)* Y ustedes no me piden nada: porque soy generoso como un mecenas y allá van reyes do quieren leyes.

CARLOS.—Yo lo diría al revés.

OLMO.—El que lo dice al revés es él.

BENJA. *(A don Francisco.)*—Habrá usted visto que aún le queda a uno un poquito de influencia. ¡Cómo se ve que es usted un político de talla, un estadista! *(Ofreciéndole un cigarrillo.)* ¿Un cigarrillo?

FRANCIS.—Ya sabe usted que no puedo fumar, porque me entra un hipo horrible.

BENJA.—No me acordaba.

MARICHU.—¡Papá, papá, que ya están ahí! *(Todos los personajes que hay en escena se vuelven como dando frente a una tribuna que no se ve y que se supone a la derecha; las señoras saludan haciendo una gran reverencia, y los caballeros descubriéndose y doblando la cabeza.)*

CELI.—¡Qué guapa está!

MARICHU.—¡Y qué pelo rubio más bonito tiene!

VIUDA.—Y su distinción es soberana. Pues y a él. Se le sale la simpatía por los poros.

CARMI.—Como que es de allende el Manzanares, según dijo una vez... *(Durante este diálogo ha cruzado la escena un señor correctamente vestido de chaquet y ha subido a la tribuna. Habla unas palabras con don Francisco.)*

FRANCIS.—Con mucho gusto. Es una honra para mí. *(A todos.)* En seguida vuelvo...

MARICHU.—¿A dónde vas, papá?

FRANCIS.—Me ha llamado. *(Baja de la tribuna con el señor que fué a buscarlo.)*

CARLOS.—¡Dios ponga tiento en sus manos!

VIUDA *(A Alejandro.)*—Calino, ¿me hace usted el favor de los gemelos?

ALEJAN.—Con mucho gusto. (*Se los dá.*)

VIUDA.—No quiero perder detalle. (*Todos miran en la dirección que lo hace la viuda con los gemelos.*)

MARICHU.—Supongo que no los monopolizará usted.

VIUDA.—Déjame ahora, niña. (*Sin dejar de mirar.*) Ya entra tu padre. ¡Qué reverencia más elegante! ¡Ay, Dios mío, qué tropezón acaba de dar! Me parece que se han reído todos.

MARICHU.—Es el azoramiento; pobre papá.

BENJA. (*Con desdén.*)—Claro, la falta de costumbre.

VIUDA.—Pues usted no es visita de la casa. Ahora le dá la mano.

CARLOS (*A Olmo.*)—Lo que debe estar pasando el pobre don Francisco.

OLMO.—Calcula. Debe ser una entrevista graciosísima.

VIUDA.—¡Qué gemelos más malos!

ALEJAN.—Son unos prismáticos de lo mejor.

VIUDA.—Lo serán; pero yo no consigo oír una palabra de lo que hablan... Esto sí que es grave.

MARICHU.—¿Qué pasa?

CELI.—¿Qué es ello?

VIUDA.—Que le ofrese un pitiyo y no lo puede, despresiar.

JULIO.—Y que son así de largos. (*Como un palmo.*) He fumado algunos.

MARICHU.—Pues le va a durar el hipo siete días.

VIUDA.—¡Ay, ay, ay! que ya lo ha encendido... No lo dije, ya se ha puesto hípico.

CELI.—¿Cómo?

VIUDA.—Con el hipo, quiero decir. Como le daríamos un susto desde aquí.

CARMI.—Menuda juerga se debe estar corriendo.

VIUDA.—Pues si se le ocurre tenerle toda la tarde a su lado.

MARICHU.—Señor Presidente, usted que estará más enterado. ¿Cree usted que convidarán a cenar a papá?

OLMO.—Descuida.

VIUDA.—Qué cosas más raras hace con la cabeza..., es el hipo maldito. Menos mal, parece que se despiden... Ha tenido compasión de él. Verás, verás como tiene que salir de espaldas y va a tropezar con aquel sillón... ¡Pun! ¿No lo dije? Ha caído sentado... ¡Claro, se están mordiendo los labios todos para no soltar el trapo!... Ya se marchó.

MARICHU.—¡Pobre papaíto, qué rato debe haber pasado!

OLMO. (*A Carlos.*)—La entrevista debe haber sido un intermedio cómico.

CARLOS.—Habrá que oír a don Francisco ahora. (*Sale don Francisco por donde se fué, con un cigarrillo emboquillado exageradamente largo.*)

FRANCIS. (*Habla con gran dificultad porque sufre un hipo que es un tormento.*)—Cualquiera se atreve a tirar el cigarrillo... Yo juraría que ha crecido... (*Todos le rodean.*)

MARICHU.—¿Qué te ha dicho, papá?

VIUDA.—Lo hemos visto todo.

MARICHU.—¿Es cierto que tiene una conversación que subyuga?

CARMI.—¿Tiene el acento madrileño?

CARLOS.—Déjenlo ustedes que se repose un poco.

FRANCIS.—Gracias, Carlitos, tú me comprendes.

VIUDA.—Tenga usted en cuenta lo impaciente que estamos.

FRANCIS.—Si no fuera por el hipo... ¡Vengo encantado! ¡Qué afabilidad! ¡Qué simpatía! ¡Qué conocimiento de todo!... Qué... qué cigarrito me ha dado...

OLMO.—Tírelo usted ya.

VIUDA.—Y qué más, qué más.

FRANCIS.—De primeras, yo llevaba pensada una salutación que ríanse ustedes, como dijo el poeta, de un tal Demóstenes; pero al verme en su presencia, se me hizo un nudo en la garganta, pegué un tropezón...

VIUDA.—Ya lo hemos visto.

FRANCIS.—Y no pude decir esta boca es mía. Luego me dió el cigarrillo y ha sido espantoso lo que yo he pasado.

CARLOS (*Aparte.*)—¡Santa Bárbara bendita! (*Se oye un pito.*)

JULIO.—Va a empezar la carrera. (*Suben todos a la tribuna.*)

FRANCIS.—Perdonen ustedes, que no les acabe de contar la entrevista, pero esta carrera es tan interesante para mi....

CELI.—Como hoy está usted de buenas, ganará aquí también. (*Suena una campana.*)

VIUDA.—Ya salen a la pista los caballos. (*Todos miran con interés al sitio donde se supone la pista, o sea a la izquierda.*)

JULIO.—El premio es de usted. don Francisco. (*Suena otra vez la campana.*)

MARICHU.—Ya han dado la salida.

CELI.—Su "jockey" se queda el último... (*Todos van mirando en la misma dirección y como si corrieran los caballos por el círculo de las plateas.*)

FRANCIS.—No importa, en la vuelta saca por lo menos un cuerpo de caballo... ¡Vean ustedes cómo adelanta!... ¡No lo dije!... ¡Ya está!...

BENJA.—Pues el de Garvey aprieta bien... ¡Ya le ha igualado!

FRANCIS.—¡Bien, Patrik!... ¡Ya ha ganado más de veinte metros!... ¡Un esfuerzo!... ¡Ay!, siento una fatiga como si fuera yo el que corriera...

ALEJAN.—Con esa ventaja ya no hay duda...

VIUDA.—El premio es de usted.

MARICHU.—¡Ay, papaíto, que llega Patrik, que llaga... (*Se oye una salva de aplausos y todos rodean a don Francisco delante de la tribuna.*)

VIUDA.—¡Enhorabuena!

JULIO.—Lo vé usted cómo tenía razón...

BENJA.—Buen día, subsecretario y ganador del premio.

ALEJAN.—¡Bonita carrera!

FRANCIS.—¿Cuál, la del caballo o la mía?

OLMO.—Es igual... (*Siguen felicitándole.*)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Un trozo del Congreso con tribunas, y escaños, banco azul y a la izquierda la plataforma de la mesa presidencial.

(*Al levantarse el telón están en la tribuna de la Prensa Cayuela y Algetc. En los escaños, varios diputados, y en otra tribuna, la Viuda, Marichu, Carmita y Celi.*)

CAYUE.—Hoy habrá poco trabajo.

ALGE.—¿Por qué?

CAYUE.—Porque van a reunirse en seguida en sesión secreta para tratar de las dietas por la supresión de la franquicia postal: quinientas pesetas que creo que se va a asignar a cada diputado.

ALGE.—Allí entra don Benjamín Valdecilla, el flamante gobernador.

CAYUE.—Compadezco a la provincia de su mando, anoche le dieron una paliza en el Casino, que perdió hasta el conocimiento.

MARICHU. (*A Celi.*)—¿Cuándo habla su esposo?

CELI.—No sé.

VIUDA (*A Marichu.*) — Siempre que leas "rumores" ahí va metido. (*Suenan dentro algunos timbres.*)

CARLOS (*Al ver entrar algunos diputados.*) Me parece que va a empezar la sesión. Ya entran algunos diputados.

PONTEJO (*Que entra del brazo de Enrique.*)—He descubierto un vinillo blanco que tiene usía.

ENRIQUE.—Amigo Pontejos, ¡qué no sabrá usted de vinos! (*Entran todos y van ocupando los escaños. Olmo se sienta en la presidencia. Albitos, que saca un libro, ocupa su sitio delante de la tribuna presidencial.*)

VIUDA (*A Marichu.*)—Niña, saluda a tu padre. (*La viuda le saluda con el abanico.*) Allí tienes a tu amor, detrás del banco azul. (*Saludan con la mano.*)

MARICHU (*A Carmita.*)—Oye, es verdad que a mi futuro le llaman Manolito Monosílabo?

CARMI.—Se lo llaman porque como no dice más que sí o no, como el jefe nos enseña.

VIUDA.—Pues, hija, hay muñecos que son Castelar a su lao: dicen papá y mamá, no me mancho y tero tate.

OLMO (*Tocando la campanilla.*) — Abrese la sesión.

ALBITOS (*Leyendo.*) — "Sesión pública del día veinte de Mayo de mil novecientos veinte. Bajo la presidencia..." (*Se va perdiendo la voz de modo que no se oiga más que un rumor.*)

MARICHU.—¿Por qué no le hacen caso a ese señor que está leyendo?

CELI.—Es que da cuenta del acta de la sesión de ayer.

MARICHU.—Que por lo visto no tuvo importancia. Diga usted, Lolita, ¿quién es aquel señor de barba que hace pelotillas de papel? (*Señala para cualquier sitio del público.*)

VIUDA. — Castrovido, el director de *El País.*

CARMI.—¿Y aquel tan gordo, que parece un canónigo?

VIUDA.—Indalecio Prieto. Ay, mira qué gracioso es Alvaro, le ha dado un papirotazo a una pajarita de Cambó y le ha caído en la calva a Juanito. Niñas, que nos saluda Fernando. (*Contestan al saludo.*)

UJIER (*Entrando en la tribuna con una bandeja y unos paquetitos.*)—De parte del señor López Monís.

CELI.—Que muchacho más fino.

CARMI.—Esto debía haberlo hecho el Valdecilla chico.

VIUDA.—Eso parece un novillero.

CARMI.—Pues algo de torero tiene, porque la faena que está haciendo...

ALBITOS (*Levantando la voz.*)—Se levantó la sesión á las siete y media de la tarde." ¿Se aprueba el acta?

PARDO.—Pido que se cuente el número de diputados.

[illegible]NCIS.—Pero sí le han concedido a usted esta mañana la subvención que pidió.

PARDO.—Entonces renuncio a que se cuente el número.

ALBITOS.—Queda aprobada.

OLMO.—Tiene la palabra el señor Pontejos.

PONTEJO.—La he pedido para rogar al Gobierno que cese de una vez en la persecución del periódico de que soy director y que me ampare en mi derecho. Por un lado, el lápiz encarnado del señor fiscal, la censura roja; por otro lado, el clero, la censura negra, y por otro lado, las damas de cierta asociación que han pedido al señor ministro de la Gobernación la suspensión de mi publicación.

PERIODIS.—¡Pon!

OLMO.—Orden en la tribuna de la Prensa.

PONTEJO.—La censura blanca y, por último, la censura verde de que acabo de ser objeto en una tribuna, todas ellas son atentatorias a la libertad. Y aunque el periódico sale...

OLMO.—Con las censuras de todo el mundo... (*Risas.*)

PONTEJO.—Su señoría no me ha hecho gracia.

OLMO.—Será porque siempre le hago justicia. Trasladaré el ruego de su señoría al ministro de la Gobernación.

PONTEJO.—También quiero hablar extensamente sobre la exportación de vinos.

OLMO.—Como yo sé la afición que tiene su

señoría a este asunto, afirmo que sus manifestaciones no caben en el límite de una pregunta.

PONTEJO.—Pues anuncio una interpelación sobre los vinos y advierto que vendré con espíritu de pelea.

OLMO.—Ya sabemos que su señoría es un espíritu peleón.

OLMO.—Tiene la palabra el señor Pardo. (*En este momento el Ujier pone junto al orador diez o doce libros grandes.*)

PARDO (*Se pone unas gafas, saca unos papeles y empieza.*)—Me vais a dispensar, señores diputados, que abuse de vuestra paciencia leyendo estas leves y aleves estadísticas. (*Señalando los libros.*)

MANOLO.—¡Dios nos coja confesados!

PARDO. — Voy a tratar de los derechos arancelarios que pesan sobre el plomo.

FRANCIS.—¿Va a leernos su señoría todos esos folletitos? (*En este momento entran más libros.*)

PARDO.—Y estos otros que he pedido. ¿Por qué lo preguntaba su señoría?

FRANCIS.—Por si me daba tiempo a llegarme a Villaviciosa de Odón. (*Todos o casi todos los diputados se ponen de pie e intentan marcharse.*)

OLMO.—Orden, orden.

PARDO.—El plomo, señores diputados. (*Empiezan a abandonar los escaños.*), es tan antiguo como el hombre. El plomo, en tiempo de los sirios, de los romanos y de los griegos.

FRANCIS.—¿Plomo, y greco-romano? ¡Sálvese el que pueda! (*Se levanta de su escaño.*)

OLMO.—Ruego a su señoría que aplace su anunciada pregunta sobre el plomo para cuando se trate del asunto. Entonces podrá poner de manifiesto sus condiciones de orador plúmbeo.

PARDO. — Accedo gustoso a la indicación del señor presidente (*Empiezan a volver a los escaños.*) y suplico me reserve un turno en pro.

OLMO.—Será complacido el señor diputado.

PONTEJO.—Yo también deseo que se me reserve un turno en pro.

OLMO.—Están pedidos todos ya.

PONTEJOS.—Pues entonces consumiré uno en contra.

FRANCIS.—Pido la palabra.

OLMO.—La tiene su señoría.

MARICHU.—¡Ay, que va a hablar papá!

ALGE (*A sus compañeros.*)—¡Agarraos!

CARLOS (*A los periodistas.*)—Un poco de caridad.

FRANCIS.—Voy a ser muy breve, señores diputados, y ruego a la Cámara que haga el favor de oírme dos palabras, tan sólo dos palabras. (*Risas.*)

VIUDA.—Tu padre va a cantar el dúo de los paraguas.

CARLOS.—¡Dios nos coja confesados!

FRANCIS.—¿He cometido algún lapsus lingüe?

OLMO.—Ha sido más bien un lapsus chungue. (*Risas.*)

FRANCIS.—En mis frases verán los señores diputados dos intenciones: una posteriori, como dijo el poeta, y otra anteriori. (*Gran juerga.*)

FRANCIS.—¿Ha sido otro lapsus? (*Más risas.*)

MARICHU.—¿Por qué se meterán tanto con papá?

VIUDA.—Porque está sembrao

FRANCIS.—En verdad que no me explico esta hilaridad de la Cámara cuando yo hago uso de la palabra. El otro día, al hablar del ganado de cerda, pedí la palabra para alusiones, y la carcajada se oyó en Sebastopol. (*Muchas risas.*) ¡No sé de qué os reís!

ALGE. (*A Carlos.*)—Hoy viene ironista su jefe.

OLMO.—Suplico a su señoría que se ciña al asunto.

PONTEJO.—Corto y ceñido. (*Suena la campanilla.*)

OLMO.—Ruego a su señoría que no interrumpa.

FRANCIS.—Como íbamos diciendo.

PONTEJO.—Si no decíamos nada. (*Se oye la campanilla.*)

MARICHU.—¿Por qué interrumpe tanto ese señor?

VIUDA.—Porque como todo lo que dice sale en el *Diario de Sesiones*, ve su mujer que ha pasado la tarde en el Congreso...

FRANCIS. — ¡Ah, señores diputados! La deuda perpetua no se pagará jamás. Las fuerzas vivas del país están muertas... y esa deuda flotante..., flotante nos llevará a la ruina, que también se dice bancarrota, si no hay un poco de renovación. ¡Ah, señores diputados! Renovación es algo difuso que tiene escollos que definir, y que yo lo haré soslayadamente.

VIUDA.—Tu padre se ha vuelto loco.

CARLOS.—¡Qué dice ese hombre!

FRANCIS.—¡Ah, señores diputados! (*Don Enrique ronca muy fuerte.*) Decía su señoría...

OLMO.—No es interrupción, es que la elocuencia de su señoría da el opio. (*Vacila. Aparte.*) (Me parece que me he perdido.) (*Revuelve unas cuartillas.*) ¿Dónde estará lo del oráculo? ¡Ah, sí, aquí está! (*En tono oratorio otra vez.*) Yo tengo un programa, pero no creáis que al exponerlo pretendo ser el célebre oráculo de Bellido Delfos. (*Gran juerga.*)

OLMO.—De Delfos es bastante.

FRANCIS.—Tiene razón el señor Presidente, de Delfos es bastante; pero no olvidéis que los españoles somos unos imprevisores, y ahí está Felipe II que no me dejará mentir. Una prueba de la imprevisión de aquel excelente rey es que se le olvidó poner pararrayos en el Monasterio del Escorial. (*Ovación.*)

OLMO.—Su señoría se sale de la cuestión.

FRANCIS.—Ahora me meteré en ella.

ALGE.—Hoy está como nunnca.

FRANCIS.—Mi programa, señores diputados, para la salvación del país consiste en que desaparezcan los viejos. (*Ovación. Don Enrique y Pardo, que son muy viejecitos, protestan e increpan al orador. El presidente agita la campanilla.*) Claro es que no quiero que se mate a los ancianos. (*Ovación.*)

MARICHU.—Lo que está gustando papá.

FRANCIS.—Lo que yo pretendo es que se vayan los viejos políticos de la vieja políti-

ca, pero quedando la esencia de los partidos históricos. He dicho. (*Grandes aplausos. Algunos le felicitan.*) ¿He dicho de los partidos históricos? Pues he dicho bien, y he dicho. (*Silencio sepulcral, pues esperan que continúe. Pequeña pausa. Se pone de pie y exclama:*) He dicho que he dicho. (*Se sienta. Ovación.*) ¡Ah, señores!, que se me había olvidado pedir al ministro correspondiente un ramal.

OLMO.—Su señoría tendrá todos los ramales que necesite.

ALEJAN.—Pido la palabra.

OLMO.—La tiene su señoría.

ALEJAN. (*Sudando tinta y bebiendo agua de una copa que momentos antes habrá pedido a un Ujier.*)—Para rogar..., esto es..., para rogar... al señor ministro de Fomento..., esto es..., al señor ministro de Fomento que..., que, vamos, que se construya un camino vecinal..., un camino vecinal de Villaseca a Torreón..., y... he dicho.

OLMO.—¿Olvida el señor diputado que ya se ha construído ese camino?

ALEJAN.—¡Ah, sí! Pues que... construyan otro de Torreón a Villaseca.

BENJA.—Pido la palabra.

OLMO.—La tiene su señoría.

BENJA.—Para rogar al ministro de la Gobernación haga desaparecer de un escaparate de la Carrera el retrato de un político que se sienta en esos bancos.

OLMO.—¿Y eso qué tiene de particular?

BENJA.—Es que debajo del retrato pone: Don Fulano de Tal, "se vende".

OLMO.—Su señoría hila demasiado fino.

PONTEJO.—¿Su señoría ha visto el retrato con el letrero de "se vende"?

BENJA.—Sí, señor; en la Carrera de San Jerónimo.

PONTEJO.—¿No sería un espejo lo que vió su señoría?

BENJA.—Lo que vi fué a su señoría detrás del escaparate. (*Escándalo.*)

PONTEJOS.—Que consten esas palabras.

BENJA.—Y las de su señoría.

VOCES.—¡Esto es intolerable!

OLMO (*Dando campanillazos.*)—Orden, señores, orden. (*Se arma un gran escándalo: Pontejos y Benjamín intentan llegar a las manos, y lo impiden los demás diputados.*) Se suspende la sesión. El Congreso se va a reunir en sesión secreta. (*Continúa el escándalo. Telón.*)

CUADRO SEGUNDO

Un telón en forma de anuncio. Durante este intermedio y con objeto de que el público permanezca quieto en su localidad, el sexteto ejecutará una pieza a forma de intermedio.

En el telón aparecerá escrito lo siguiente:

> perecieron ahogados.—*Radio.*
>
> EL DIA DE AYER EN EL CONGRESO
>
> En la parte de sesión dedicada a ruegos y preguntas habló con su acostumbrada elocuencia el Marqués de los Marcos.
>
> Luego se reunió el Congreso en sesión secreta, que duró dos horas, en las que no se habló más que de la concesión de quinientas pesetas a cada diputado para franquicia postal. Se pronunciaron elocuentes discursos, y en la discusión se puso de manifiesto el altruísmo de los padres de la Patria, que destinarán aquella cantidad a obras benéficas.
>
> Reanudóse a continuación la sesión pública...

CUADRO TERCERO

Despacho en casa del Ilustre Prócer. Todos los muebles han de ser de primera calidad. Cuadros en las paredes. Uno de ellos representa un arrogante mancebo vestido de teniente de cualquier arma.

(*Don Francisco, Olmo y Carlos, sentados en torno de la mesa de despacho. Manolo y Marichu, en otro grupo aparte.*)

OLMO.—En la primera crisis será usted ministro.

FRANCIS.—¿Usted cree que tengo condiciones?

OLMO.—Sin duda; para ser ministro no hace falta más que ser español y no estar preso.

FRANCIS.—La verdad es que el jefe lo tiene previsto todo.

OLMO.—No, eso no es cosa del jefe; lo dice la Constitución.

FRANCIS.—¿De modo que yo podría ser ministro de Marina?

OLMO.—Claro.

FRANCIS.—Cómo me choca. Para ser ministro de Marina, nada, y para ser marinero hay por lo menos que saber nadar. Oye.

CARLOS.—¿Qué quiere usted?

FRANCIS.—Apunta que tienes que hacerme un discurso poniéndole condiciones al cargo de ministro.

OLMO (*Que ha estado mirando un cuadro.*) ¿Quién es ese gallardo militar? Nunca lo he visto.

FRANCIS.—Me lo trajeron esta mañana. Es

el retrato de mi malogrado hijo Paco.

OLMO. — No tenía noticias de semejante hijo.

FRANCIS.—Murió hace veinte años, cuando tenía seis meses; pero yo he hecho que me pinten su retrato como estaría hoy si hubiese seguido la carrera de las armas.

OLMO.—Decididamente será usted ministro.

FRANCIS.—Si yo lo fuera de Hacienda, resolvía el problema con una disposición.

OLMO.—¿Cuál?

FRANCIS.—Que pagaran todos los que no pagan y que los que pagan no pagaran.

OLMO.—Bueno, yo les dejo a ustedes, que tengo que ir al Congreso.

FRANCIS.—No dejará usted de venir a almorzar.

OLMO.—No faltaba más. Hasta luego. (*A Marichu y Manolo.*) Jóvenes... (*No le hacen caso, pues están muy embebidos en la conversación.*) ¡Jóvenes!

MARICHU.—¿Qué quiere usted?

OLMO.—Que abandonen un momento la nubecita en que estaban para decir adiós. ¡Cuando se está cerca de la felicidad!

MARICHU.—Qué bromista es usted. No dejará de venir luego. (*Olmo hace mutis, acompañado de don Francisco.*)

MANOLO (*A Marichu.*)—¿Qué me estabas diciendo?

MARICHU.—Que tendrás razón; pero que unir la gloria con la juventud es demasiado para un mortal. Yo conozco la vida, no por las novelas, sino porque me he quedado muy niña sin madre, y mi casa es un mundo pequeño, en el que viven y se muestran al desnudo todas las malas pasiones.

MANOLO.—Entonces, ¿qué te voy a decir? En cuestiones de amor hay que vivir con el mundo.

MARICHU.—¿Pero tú crees que se puede mandar al corazón? Te equivocas; en cuestiones de amor no entiende de conveniencias sociales; ama cuando quiere; deja de amar cuando ha cesado de latir.

MANOLO.—Como supongo que te refieres al corazón de la mujer, has querido convencerme de que vosotras no fingís nunca.

MARICHU.—La mujer oculta la verdad muchas veces; muchísimas fingimos, quizás más que vosotros; en nosotras es un arte fingir; así verás que quien tiene los dientes feos ríe con los ojos. Pero, ¿por qué finge la mujer? Porque no le dejan los hombres decir la verdad, porque la obligan a vivir con careta, porque la privan de la libertad de ganarse su vida, porque, por culpa de los hombres, las mujeres, como las parras, no pueden sostenerse sin su apoyo.

MANOLO.—Así lo hemos encontrado, así lo debemos dejar. Me da tristeza oirte hablar como una desgraciada muchacha: sé que tienes alguna razón, pero hay cosas que no debemos decirlas aunque las pensemos... Luego esa manía de leer...

MARICHU.—¿Le llamas manía?

MANOLO.—No, mujer; distraerse con una novelita honesta, está bien; pero leer los librotes que le mandan a tu padre, es una manía. Ya tú ves, él ni los abre siquiera.

MARICHU.—Ahí está vuestra fuerza: en no enseñarnos más que a llorar o a querer.

MANOLO.—Por fortuna, tu alma es de cera virgen...; yo la moldearé.

MARICHU.—Si me moldeas a tu imagen y semejanza, he hecho las diez de monte, como diría Carmita Velasco.

MANOLO.—Vamos a hablar de otra cosa, porque hoy estás filosófica. ¿Sabes qué me gustaría?

MARICHU.—Cualquiera te adivina los pensamientos. (*Se sonríe.*)

MANOLO.—Ser del Cuerpo diplomático, para que tú brillaras y lucieras el ingenio en Berlín, en Londres, en Nueva York.

MARICHU.—No hagas cábalas. Nadie sabe qué nos aguarda en lo porvenir. ¿Puedes tú asegurar que los millones de mi padre son eternos? Piensa en hoy, no te aventures. Cada día que amanece es una nueva vida: la mañana es la juventud; la tarde, la vejez; la noche, la muerte. Todos pensarán hoy en nuestra felicidad, y quién sabe si mañana nos odiaremos a muerte; más aún: quién sabe si mañana existiremos.

MANOLO.—Me voy, nenita. Has nacido esta mañana como para que te dé la tapioca el Noy del Sucre.

MARICHU (*Riendo.*) — ¿Vas a prepararte para diplomático?

MANOLO.—Voy por el claxon, que ayer lo hice harina al despanzurrar un borrico en la Ciudad Lineal. Chiquilla, nos tronchamos de risa.

MARICHU.—Pobre animalito.

MANOLO.—Mis buenos ochenta y cinco duros me costó. Yo creía que un burro no valía nada.

CARLO (*Aparte.*)—No es malo el sastre...

MARICHU (*Aparte.*) — Qué bien ha hecho Dios impidiendo que nos veamos por dentro cuando cerramos los ojos.

MANOLO.—Bueno, hasta luego, que volveré con mi padre. (*Vuelve don Francisco.*)

FRANCIS.—¿Te vas, Manolo?

MANOLO.—Sí, pero vuelvo. ¿Qué hay de lo mío?

FRANCIS.—Pero ¿no sabes? Se anunció el concurso con las condiciones que sólo podías reunir tú; pues bien, se ha presentado uno que tiene las mismas y, además, sabe italiano e inglés.

MANOLO.—Y qué va usted a hacer, ¿darle la plaza?

FRANCIS.—No. Ya lo he arreglado. Se quedará sin la plaza, porque tiene dos condiciones más de las que se piden.

MANOLO.—Es usted un gran político. Hasta luego. (*Mutis, acompañado de Marichu.*)

FRANCIS.—Estoy encantado de la espontaneidad con que ha sido hecho mi nombramiento.

CARLOS.—¿También a mí, don Francisco?

FRANCIS.—Perdona. (*Pequeña pausa. Mirando a todos lados, para cerciorarse de que están solos.*) Carlitos, escúchame un momento, que quiero pedirte un favor; tú sabes que te queremos como un hijo.

CARLOS.—No tiene usted que recordarme nada. Usted me manda, y yo obedezco.

FRANCIS.—Gracias, gracias, ya lo sé. Pues verás. Ya sé que mi hija te mira como a un hermano, y que se da el caso de que al-

gunas veces tienes tú más ascendiente sobre ella que yo.

CARLOS.—¿Y qué quiere usted?

FRANCIS.—Yo tengo la horrible duda de que mi hija y Valdecilla no se aman entrañablemente.

CARLOS.—Claro. Usted, como padre, habrá observado, habrá deducido, habrá meditado y, al final, habrá usted sacado la consecuencia.

FRANCIS.—Nada de eso; yo tengo esa espantosa duda porque mi hija me dijo anoche: "Papá, yo no quiero a ese hombre."

CARLOS.—¿Y de qué duda usted?

FRANCIS.—De que a Valdecilla le pase lo mismo. Ahora bien, de sabios es mudar de consejos. Quién sabe si mañana Marichu cambiará de opinión. Se trata de un matrimonio de conveniencia.

CARLOS.—Esas palabras estarían mejor en boca de Valdecilla padre.

FRANCIS.—Te equivocas. Los Valdecillas son de una familia "bien".

CARLOS.—Bien, ¿qué?

FRANCIS.—Manolo será marqués de un momento a otro. Don Benjamín tiene una influencia definitiva, es un fiel servidor del Estado.

CARLOS.—O el Estado es el que le sirve a él.

FRANCIS.—Habladurías. Pues bien, en nombre de lo que más quieras, yo necesito que hables a solas con Marichu y la hagas ver cuanto te he dicho.

CARLOS.—¿Pero usted quiere que yo...?

FRANCIS.—Sí, Carlitos; yo estoy seguro de que ella te hará caso. Os habéis criado juntos, conoces su corazón mejor que yo..., sobre todo, que Valdecilla es un sentimental que sería capaz de llevarla al tálamo con lo puesto.

CARLOS.—¿No habrá usted querido decir dejarla?

FRANCIS. (*Mostrando su enfado.*)—¡Carlitos! Te he pedido un favor; eres libre de hacerlo o no, pero no te consiento que discutas mis decisiones.

CARLOS (*Con un poco de emoción.*)—Perdone usted, yo aconsejaré a Marichu; pero no respondo de lo que ella haga.

FRANCIS. (*Abrazándole.*) — Gracias, hijo; gracias. Dispénsame si he estado un poco fuerte contigo, pero...

CARLOS.—No sabe usted el daño que me han hecho sus palabras. (*Con profunda tristeza.*) ¡Me interesa tanto su hija de usted!

FRANCIS.—Ya sé que la quieres mucho y ella te corresponde. Vamos, alégrate, que todo pasó. Ahora aprovechemos el tiempo, ¿queda alguna carta que contestar?

CARLOS.—Tres de Romanones, recomendando para el mismo destino a tres señores distintos.

FRANCIS.—Este Alvaro es el amo; así quien queda mal soy yo. Ahora toma unas notas para contestar a Cambó: no dejes de meter citas históricas, como: poner las cartas sobre el tapete, una tempestad en un vaso de agua, el suplicio de Tántalo y dime con quién andas..., para que vea que uno ha leído.

CARLOS.—Y puede usted terminar con un *nosce te ipsum.*

FRANCIS.—¿Y si me preguntan qué es eso?

CARLOS.—Usted contesta que es latín.

(*Por la izquierda la Viuda, Marichu y Carmita.*)

MARICHU.—Papá, papá, mira qué ramo tan bonito me trae Lolita.

FRANCIS.—Lolita prodiga las flores naturales y las de su ingenio.

VIUDA.—Florida y floreada.

FRANCIS. — ¿Qué hay, Carmita? ¿Y la mamá?

CARMI.—No ha venido porque está muy acatarrada.

MARICHU.—Oye, ¿qué automóvil llevabas ayer?

CARMI.—¡Ah! ¿No sabes? Me lo ha comprado papá, y la abuelita me ha dado lo necesario para su sostenimiento.

VIUDA.—Ya lo creo, una banderita de esas que dicen: "se alquila". ¡Ah! Me han dicho que mañana va a haber un mitin tremendo por la subida del pan.

FRANCIS.—Algo me ha contado el ministro.

VIUDA.—Pues haga el favor de buscarme un balcón en buen sitio para verlo bien. (*Se ríen todos.*) No sé por qué se ríen. Es que yo necesito enterarme lo mejor posible, para ver quiénes son los perjudicados y organizarles en seguida un beneficio.

CARMI.—¡Ah! Que sea enhorabuena, Marichu. Esta mañana he leído que a tu futuro suegro le han dado la cruz del espejo de Skaferlandia.

FRANCIS.—Sí, lo han hecho caballero.

VIUDA.—Pero, ¿no lo era?

MARICHU.—Voy a poner estas flores a San Antonio. Ven, Carmita, y tú, Carlos, acompáñame también, que te das mucho arte para esas cosas. (*Mutis de Marichu, Carlos y Carmita.*)

FRANCIS. (*Después de una pequeña pausa. Aparte.*)—Qué ocasión para declararme a Dolores; pero, aunque parezca mentira, no sé cómo empezar. (*Pausa.*) Dolores...

VIUDA.—¿Qué quiere usted?

FRANCIS.—... pues... que... ¿Qué tal día hace hoy?

VIUDA.—Magnífico.

FRANCIS. (*Aparte.*)—Habrá que buscar un pretexto... Si..., eso es. (*A ella.*) ¿Cuánto tiempo lleva usted viuda?

VIUDA.—El día primero de Junio hará siete años justos.

FRANCIS.—Hombre, qué casualidad..., el día 20 de Mayo hizo nueve años que enviudé yo también.

VIUDA.—¿Y cuál es la casualidad?

FRANCIS. (*Un poco perplejo.*)—Pues... que no enviudáramos al mismo tiempo. (*Aparte.*) Nada, que no encuentro el modo. (*Piensa un momento.*) ¡Ahora!

CRIADO (*Entrando.*)—¡Señor!

FRANCIS. (*Muy molesto.*)—No estoy para nadie. (*Mutis del criado. A la Viuda.*) ¿Ha visto usted qué inoportunos son estos criados...

VIUDA.—Inoportunos, ¿por qué?

FRANCIS.—Por eso...

VIUDA (*Aparte.*)—Este ya sé yo a dónde quiere ir; pero no encuentra el camino. (*A

don Francisco.) ¿Ha leído usted el *Blanco y Negro* de hoy?

FRANCIS.—No.

VIUDA.—Pues trae un artículo muy bonito.

FRANCIS.—¿Y qué es, qué es?

VIUDA.—Habla de un viudo que quiere declararse a una señora y no se atreve porque no sabe si será correspondido.

FRANCIS.—Es una cosa muy natural. ¿Y al fin se entera?

VIUDA.—Sí; porque ella, en la conversación que tiene con él, le dice que cuando una mujer está dispuesta a corresponder a un hombre, si es visita de la casa, se presenta a ver la hija del señor con una amiguita; la lleva unas flores que sirven de pretexto para dejarlos solos.

FRANCIS. *(Aparte.)*—¡Ay, que me quiere! *(A ella.)* ¿Y qué más?

VIUDA.—Pues nada; que la señora termina diciéndole que cuando dos personas se quieren, él está de pie apoyado en una mesa y ella está mirando un cuadro. *(En este momento don Francisco está de pie apoyado en la mesa, y ella se queda mirando un cuadro.)*

FRANCIS. *(Aparte.)* — Dame elocuencia, Dios mío.

VIUDA *(Aparte.)*—No sé qué esperará. Bueno, supongo que estará usted cada vez más contento con su nuevo cargo.

FRANCIS.—Así es; pero la felicidad nunca es completa.

VIUDA.—¿Qué le ocurre?

FRANCIS. *(Aparte.)*—Ahora sí que se lo digo. *(A ella.)* Que yo quisiera tener con el nuevo cargo una nueva carga. *(Esto lo dice dirigiendo a la Viuda una mirada que es todo un poema.)*

VIUDA.—No lo comprendo. *(En la manera de decirlo se nota que lo comprende demasiado.)* Siga usted.

FRANCIS.—Dolores, yo quisiera hablar a solas con usted...; hace tiempo que buscaba el momento.

VIUDA.—¿Y lo va usted a dejar para mejor ocasión?

FRANCIS.—Dolores... La suplico que no vea en mis palabras un discurso preparado y estudiado; cuanto voy a decirle es lo que siente mi corazón. Voy, como dijo no sé qué poeta, a pasar el Rubicón. He dicho.

VIUDA *(Con guasa.)*—¡Aplausos en la mayoría! *(Se ríe.)*

FRANCIS. *(Un poco embarullado.)*—Perdone usted la falta de costumbre.

VIUDA.—Al contrario, la costumbre...

FRANCIS.—Sí, eso es...

VIUDA.—Siga usted, que le escucho con mucho gusto.

FRANCIS. *(Un poco meloso.)*—¿De verdad?

VIUDA *(Con coquetería.)*—De verdad.

FRANCIS.—Dolores, yo...

VIUDA.—No se ponga usted diputado.

FRANCIS.—Pues bien, Lolita...

VIUDA.—Así, así.

FRANCIS.—Usted no ignora que en breve mi hija dejará de serlo...

VIUDA.—Pero hombre de Dios, ¿qué dice usted?

FRANCIS.—No he terminado, dejará de serlo porque se convertirá en la señora de Valdecilla. Y como el casado casa quiere, esta morada mía, con la ausencia de Marichu, será, como aseguraba un político famoso, primavera sin flores, mañana sin sol, etcétera, etc. ¿Quiere usted ser ese sol, esas flores, ese etc., etc., de mi casa?

VIUDA.—¿Qué dice usted? *(Suena el timbre de uno de los dos teléfonos que don Francisco tiene en su despacho, uno de sobremesa y otro colgado.)*

FRANCIS. *(Descolgando la auricular de los dos aparatos.)*—Siempre que llaman por teléfono es una cosa muy interesante para el que llama. Más claro: ¿quiere usted organizar una tómbola benéfica y rifar su corazón? Yo compraré todas las papeletas.

VIUDA.—¡Marqués!

FRANCIS.—No me llame usted Marqués.

VIUDA.—Bien; le llamaré don Francisco...

FRANCIS.—Demasiado respetuoso...

VIUDA.—A que quiere que le llame Paco.

FRANCIS.—Yo aspiro a un diminutivo cariñoso. Yo pienso que llegue pronto un día en que me llame Paquete y me tutee. ¿Qué contesta usted?

VIUDA.—Así, de pronto... Mañana le llamaré a usted mi Paquete; pero hoy no me atrevo a darle contestación alguna.

FRANCIS. *(Iniciando el mutis.)*—Qué feliz me hacen sus palabras. Cuándo se pondrá usted en las tarjetas: Dolores Rivera, Marquesa viuda de los Marcos, antes de Carrascal.

VIUDA *(Mirando al cielo.)*—¡Gracias, San Antonio! ¡Ya era hora! *(Mutis los dos.)*

(Entra Carlos, un poco pensativo, y se dirige a la mesa de despacho.)

CARLOS.—¡Qué dolor tan grande es ver cerca de uno lo que necesita para ser feliz, y no poseerlo. *(Se pone a escribir.)*

MARICHU *(Entrando con Carmita.)*—¿Pero tú quieres de verdad a José Luis?

CARMI.—Regular, porque no es un marchoso.

MARICHU.—¿Y coqueteas con Ramiro?

CARMI. — Tampoco, porque no se entera José Luis y no me divierte.

MARICHU *(Reparando en Carlos.)*—¿Qué haces, Carlitos?

CARLOS.—Arreglando unas notas que ha dejado tu padre para un discurso. *(Marichu, cogiendo rápidamente la cuartilla en que escribe Carlos.)*

MARICHU.—¡A ver, a ver!

CARLOS *(Tratando de arrebatársela inútilmente.)*—No, no trae.

MARICHU.—Anda, tonto, si papá no se enfada por eso. *(Leyendo.)*

"Yo veo tu rostro grabado en la sombra;
yo siento en el mío otro corazón;
yo miro en tus ojos, mis ojos grabados;
yo canto aquí sólo mi triste canción."

Precioso, sí, señor, precioso; es un principio de discurso de oposición. *(Se ríe.)*

CARMI.—¿Se va a presentar tu padre en unos juegos florales?

CARLOS.—Las suplico a ustedes que no se burlen.

MARICHU.—Al contrario. ¿Y de quién es el rostro ese que ves grabado en la sombra?

CARMI. *(A Marichu.)*—Tuyo, qué ganas tienes de ponerle en un compromiso.

MARICHU.—¿No me contestas?

CARLOS.—Son cosas mías; por eso te ruego que respetes mi silencio.

MARICHU.—Descuida. Bueno, me ha dicho papá que querías hablarme.

CARMI. (*Aparte.*)—Es brutal esta situación. (*A ellos.*) ¿Queréis que me vaya?

MARICHU.—Este sabrá si necesita testigos.

CARLOS.—No había contado con ellos; pero prefiero que haya alguien.

MARICHU. (*Con gravedad cómica.*)—Te escuchamos.

CARLOS.—Tú no habrás olvidado que te quiero como a una hermana y que cuanto te aconsejo es por tu bien.

CARMI.—Qué ha de olvidar, si le tiene a usted siempre presente en sus oraciones.

MARICHU (*Humorísticamente.*)—Ruego a la testigo guarde silencio.

CARLOS.—No sabes la violencia que me cuesta lo que te voy a decir; yo nunca me hubiera atrevido...

CARMI (*Aparte.*)—Bestial, éste se va a declarar...

MARICHU.—¿Pero acabas o no?

CARLOS.—Hay un hombre que sólo piensa en tí, que no ve más que por tus ojos, que quiere hacer tu felicidad.

MARICHU (*Aparte.*)—Por fin. (*Muy interesada.*) Sigue, sigue...

CARLOS.—Eres para él el aire que respira, la luz que le alumbra. (*Marichu sigue con gran interés las palabras de Carlos.*)

CARMI. (*Aparte.*)—Voy a cumplir los deberes de la amistad. (*Se va de puntillas hacia la puerta del lateral derecha y se queda allí en actitud de vigilar.*)

MARICHU.—¿Por qué te callas?

CARLOS.—Tú no crees en el amor de ese hombre; hablas con él constantemente; pero le miras con indiferencia.

MARICHU.—¿Y tú qué sabes lo que piensa mi corazón? Las apariencias son engañosas.

CARLOS.—Imposible; pero si en este caso no lo fueran, yo te ruego, te suplico que le mires con cariño, él sabrá corresponderlo. Tú padre (*Haciendo un esfuerzo.*), que no quiere más que tu felicidad, lo verá con la mayor alegría.

CARMI.—El gachó se está despachando a su gusto.

MARICHU.—¿Qué dices? ¡Qué mi padre!...

CARLOS.—Sí; ¿qué te extraña? Hemos hablado ya de ello y no aspira a otra cosa...

MARICHU.—¿De verdad, Carlos? ¿No me engañas?

CARLOS.—Te lo juro. (*Aparte.*) Le quiere.

MARICHU.—Qué alegría, Carlos, qué alegría; hoy es el día más feliz de mi vida...; qué ganas tenía de oír esas palabras de tu boca...

CARLOS.—¿Qué dices, Marichu?

MARICHU.—La verdad; es que no lo crees tonto. Qué cierto es que el amor hace hábiles a los más tontos y tontos a los más hábiles.

CARMI. (*Desde la puerta.*)—¡Qué viene tu padre!

MARICHU.—¡Y qué me importa! Ya estoy deseando verle...

(*Salen don Francisco y la Viuda.*)

MARICHU.—Papá, papá; estoy contentísima, ya he hablado con Carlos.

FRANCIS.—¿Y estás conforme con lo que te ha dicho?

MARICHU.—Naturalmente.

FRANCIS. (*Abrazándole.*)—Gracias, Carlitos, gracias. Y ahora voy a daros una buena noticia. Como tú, hija mía, cuando te cases, aunque no te separes de mi lado, tendrás que consagrarte a tu esposo..., he pensado buscar una compañera...

MARICHU.—¿Y quién es, papá?

FRANCIS.—Desde hoy debes mirar a Lolita como una madre, porque ella así te querrá.

VIUDA.—¿Me dás un abrazo, hija mía?

MARICHU (*Abrazándola.*)—Con mucho gusto. Y tú, papá, mirarás desde hoy como a un hijo a Carlos.

FRANCIS.—Siempre le he tenido por tal.

MARICHU.—Pero ahora más que nunca.

FRANCIS.—No te entiendo.

MARICHU.—Carlos, contando contigo, me ha dicho cuanto siente por mí...

FRANCIS.—¡Qué has hecho, miserable!

CARLOS.—Perdón; ha sido una mala interpretación. Yo, para aconsejarla lo que usted me dijo, le indiqué que quisiera a un hombre que la iba a hacer feliz. Yo iba a decirle que ese hombre era su prometido.

CARMI. (*Aparte.*)—Este pasmao se ha declarado por cuenta de otro.

MARICHU.—¿No era él? ¡Qué vergüenza!

FRANCIS.—¡Canalla! Has abusado de la confianza que yo tenía depositada en tí, tu conducta no tiene disculpa.

CARLOS.—Le ruego a usted que me escuche.

FRANCIS.—Ya estás saliendo ahora mismo de esta casa, donde has pagado como un ladrón los beneficios que te han hecho.

VIUDA (*A don Francisco.*)—No le trate usted con esa dureza.

CARLOS.—Perdón. Yo le juro...

FRANCIS.—¡Fuera! ¡Fuera de aquí!

CARLOS (*Que ha estado muy humilde, se reviste de toda su altivez.*)—Está bien, me iré; pero así como le juro que yo hubiese guardado toda mi vida en el fondo de mi alma este amor que me ha hecho desgraciado, también le juro por la sagrada memoria de mi madre, que ya que la casualidad lo ha descubierto, su hija será feliz si ella quiere.

FRANCIS.—¡Te atrevés a desafiarme! No te cruzo la cara por no mancharme las manos. ¡Vete! ¡Vete! (*Carlos se dirige a don Francisco con ademán de implorar, y don Francisco le indica que se vaya. Carlos hace mutis.*)

MARICHU.—Padre, acabas de cometer una injusticia... Carlos te ha dicho la verdad. He sido yo, que le quería ya con toda mi alma, la que interpretó mal sus palabras... Ahora comprendo su sorpresa ante mi contestación.

FRANCIS.—La hija de un millonario no puede ser la esposa de un hombre que nada tiene.

MARICHU.—Te equivocas... Los que nada tenemos somos nosotros. Los millones pueden desaparecer de pronto, en cambio el corazón y el talento del hombre que acabas de atropellar, serán eternos. Es más noble la unión del dinero con la honradez, que con la desvergüenza.

VIUDA (*Aparte.*)—Mi futura hija es un martillo pilón, ¡qué golpes!

FRANCIS. — ¿Qué quieres decir con todo eso?

MARICHU.—Que ya que Dios ha dispuesto que pase lo que ha pasado, te hago saber que nunca, ¡nunca! seré la esposa de Valdecilla.

FRANCIS.—¿Te rebelas contra mí?

MARICHU.—Me rebelo contra la desgracia que me amenaza.

FRANCIS.—Está bien; prepárate a sentir todo el peso de mi autoridad.

MARICHU (*Disponiéndose a marchar.*) — Pues date prisa, porque de lo contrario será tarde. (*Hace mutis acompañada de Carmita.*)

CARMI. (*Al mutis.*)—Eres más valiente que Agustina de Aragón. (*La besa.*)

FRANCIS.—¡Qué disgusto, Dios mío; qué disgusto! Yo creo que debo encerrar a mi hija en un convento.

VIUDA.—Me parece que Carlitos es don Juan Tenorio y no adelantará usted nada. Yo en su lugar le dejaría seguir los impulsos de su corazón...

FRANCIS.—¿Qué dice usted? ¿Se ha vuelto usted loca?

VIUDA.—Empiezo a desempeñar mi papel de madre. (*Se oyen voces en el pasillo.*)

FRANCIS.—¿Eh? ¿Qué voces son esas?

CRIADO (*Dentro.*)—¡Le ruego a usted que no se puede ver al señor, sin pasarle recado! (*Saliendo.*) ¡Señor!

FRANCIS. — ¿Quién escandaliza de ese modo?

CRIADO.—Una Comisión de paletos que viene a molestar al señor pidiéndole no sé qué para los damnificados por la inundación, porque hace ocho días que no cesa de llover.

FRANCIS.—Que pasen al salón de recibir; al bueno, no; al otro. (*Medio mutis del criado.*) Y si no diles que vayan esta tarde al Ministerio, que desde allí hablaremos por teléfono con el gobernador.

CRIADO.—Dicen que de aquí no los mueve un terremoto, y que no se van sin hablar con su diputado.

FRANCIS.—Que esperen un momento. (*Mutis criado.*)

VIUDA.—Ya me dirá usted cuántos son los perjudicados.

FRANCIS.—¿Para qué, amable Lolita?

VIUDA.—Para organizar unas regatas en el Retiro y destinar los productos a la compra de impermeables para esa pobre gente.

FRANCIS. (*Sonríe.*)—Sólo usted es capaz de hacerme sonreír. (*Se oye lejos dentro.*)

VOCES.—¡Viva nuestro diputado!

CARMITA (*Que entra por donde hizo mutis.*) Marqués, Marqués...

FRANCIS.—¿Qué pasa?

CARMI.—¡Qué disgusto, quién podría figurárselo.

VIUDA.—¿Qué es ello?

CARMI.—Que Marichu se ha marchado de casa.

FRANCIS.—¿Cómo?... ¿Qué?... ¿A dónde?...

CARMI.—Ahora le explicaré.

VOCES (*Dentro.*)—¡Viva nuestro diputado!

VOCES.—¡Viva!

BENJAMÍN (*Que en este momento aparece en la puerta de la izquierda acompañado de Manolo.*)—¡Cómo se vé que en esta casa ha entrado la felicidad.

TELÓN

ACTO TERCERO

Jardín iluminado fatásticamente. Estamos en la finca que el Ilustre Prócer tiene en la Ciudad de X. Se celebra una fiesta benéfica organizada por la Viuda. ¡Y cómo no! Puestos a la derecha e izquierda, uno de flores y otro de horchatas y helados. A todo foro una especie de tablado donde varias chicas reproducen el cuadro de Goya «La gallina ciega». Mesas y muebles de mimbre.

(*Al levantarse el telón están en escena la Viuda, Marcelina, Carmita, varias amiguitas, don Francisco, Olmo, los Valdecillas, don Alejandro, Julito, Maroto, Bermúdez y Mari; las chicas con mantones de Manila y los caballeros de frac. Sobre el tablado del foro, las muchachas y muchachos que reproducen el cuadro "La gallina ciega".*)

TODOS (*Después de un rato para que dé tiempo a que el público vea el cuadro.*)—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Muy bien.

OLMO (*A don Francisco.*)—Le felicito por la idea del cuadro.

CELI.—Es un delicado homenaje a Goya.

FRANCIS.—Gracias, gracias. Yo quise también reproducir corpóreamente el célebre cuadro de las lanzas, porque tiene más gente y por lo tanto más gasto; pero ahora resulta que ese cuadro no pasa por Goya.

VIUDA.—No; pasa por Velázquez. Pero esto no es nada comparado con la función que estoy organizando en Madrid en el Teatro Real a beneficio de los que hacen cola en todos los establecimientos.

FRANCIS.—Pero, usted, que tan caritativa es, ¿cuándo organiza una tómbola a beneficio de las víctimas de las funciones benéficas?... (*Se ríen todos.*)

BENJA.—¡Ay, qué cabeza la mía! Me han telegrafiado de Madrid diciéndome que mañana se firma lo de la cruz de beneficencia para usted. (*Todos la felicitan.*)

MANOLO.—Recompensa justísima.

ALEJAN.—Un poco retrasada.

FRANCIS.—Más vale nunca que tarde.

CARMI. (*A Julito.*)—De tí para mí, ¿qué dinero se ha gastado la Viuda en obras de caridad?

JULIO.—El de todos sus amigos.

OLMO (*A don Benjamín.*)—Ya me han di-

cho que los taberneros de la ciudad le han regalado a usted un magnífico bastón de mando.

MANOLO—Ciertísimo; pero aunque papá se opuso, no tuvo más remedio que aceptar el regalo.

OLMO.—Su papá de usted haría un excelente enfermo.

BENJA.—¿Yo? ¿Por qué?

OLMO.—Porque lo toma todo.

MANOLO (*A don Benjamín.*)—¿Has oído?

BENJA. — Pequeñeces, hijo, pequeñeces. ¡Ah! Llégate en el auto al Casino y ven a decirme qué hay. (*En un grupo que forman Carmita, Marcelina, Mari y algunas muchachas se sostiene una animada conversación.*)

CARMI. — Nos hemos divertido a rabiar. Fuimos al Museo con Pepe Zamora para copiar unos trajes, y va Pancho Bermúdez y nos dice que en otra fiesta hay que reproducir las tres gracias. ¡Lo que se indignó Manolito Segoviano!

CELI.—¿Por qué?

CARMI.—Creería que era alusión, porque como tiene menos carne que un florete... Precisamente a mí Rubens no me hace tilín...

CELI.—El que te hace más que tilín es Romero de Torres.

CARMI.—Como que pinta brutalmente y es un buen mozo... Ese pintor debe haber sido torero en la otra vida. .

CELI.—El día que te acabe el retrato, ¡menudo disgusto!

CARMI.—Y que lo diga usted. Además que como yo, de oír en el gramófono a la "Niña de los Peines", canturreo lo mío, y Romero es gente apuntándose por Levante...

CELI.—Pero, niña, ¡qué lenguaje es ese!

CARMI.—Déjeme usted que hable un rato a mis anchas. Que usted no se asusta de nada.

CELI.—Yo, no; pero estas muchachas... Aprende de Mari Antonia, que no ha despegado los labios.

MARI.—Es que me ha dicho mamá que no hable delante de gente "bien", porque, sin querer, digo las cosas que le oigo al cochero, al lacayo, a los mozos de cuadra...

CELI.—Entonces más vale que te calles. (*En un grupo donde hay varios muchachos.*)

BERM.—Marichu estará todo lo contenta que queráis; pero lo cierto es que se fugó dos días antes de venir aquí.

MAROTO.—¿Y se volvió sola a su casa?

BERM.—Creo que la cogieron, con el secretario de su padre, en el tren ya.

JULIO.—No puede ser.

BERM.—Pues a Carlos no se le ve esta noche. (*Se acerca al grupo Olmo.*)

OLMO.—¿Qué dice la juventud?

BERM.—Hablábamos de la fuga de Marichu.

OLMO.—¿De dónde han sacado ustedes eso?

BERM.—En todos los corrillos no se ocupan de otra cosa.

MAROTO.—Valiente vivo debe ser el tal Carlos.

OLMO.—Les suplico a ustedes que, por lo menos, en mi presencia no hablen de una cosa que no ha ocurrido y que tanto afecta a la honra inmaculada de una señorita. (*Se pasea del brazo de Julio.*) Pero ¿quién habrá hecho correr la noticia, si las seis personas que estábamos en la casa nos juramentamos para no decirlo. Además, que la cosa no pudo trascender, porque a la media hora ya habíamos encontrado a Marichu en casa de su tía.

JULIO.—Yo juraría que ha sido el propio Valdecilla el que ha hecho correr la voz, pero sin el detalle de que Marichu se fué con la hermana de su madre; vamos, dejando en el aire...

OLMO.—¿Con qué objeto puede haber hecho eso?

JULIO—Porque apresurarán la boda para acallar la murmuración.

CELI (*A Carmita.*) — Sí, estoy convencida de ello, fué una chiquillada: porque el hecho de marcharse sola a casa de su tía es una chiquillada; pero hizo mal.

CARMI—Tiene usted razón; yo, en su lugar, me marcho con el secretario.

(*Sale Marichu, acompañada de varias amigas, por la derecha.*)

MARICHU (*A una de las muchachas que va con ella.*)—Vamos a saquear a Papá, acompáñame. (*Se acercan a la mesa, donde estará don Francisco con la Viuda, Benjamín y Olmo.*)

FRANCIS.—¿Qué van ustedes a tomar?

VIUDA.—Yo quiero un refresco.

FRANCIS.—¿Y ustedes?

OLMO.—Lo mismo, gentiles camareras. (*Se acercan al puesto de refrescos y acercan a la mesa vasos, sifones y jarabes y van sirviendo los refrescos.*)

MARICHU (*Sirviendo sifón.*)—Ustedes avisarán.

BENJA.—Nunca se vió caballero de damas tan bien servido como se ha visto el Marqués cuando a mi provincia vino.

FRANCIS.—Hombre, que copla más bonita y de más actualidad. ¿Es de Luis de Tapia? ¿No?

OLMO.—¡Por Dios, marqués! ¡Ha olvidado usted los clásicos!

FRANCIS.—Calle usted, hombre, que no me acordaba que era de Rubén Darío. (*A su hija en tono humorístico.*) ¿Qué se debe, camarera?

MARICHU (*También en tono cómico.*)—Lo que quiera el señor; pero le advierto que no tomo menos de quinientas pesetas.

FRANCIS. (*Saca un billete de la cartera.*)—Tome mil, y las quinientas que sobran, de propina.

MARICHU.—Gracias, pero como no admito propinas, ingresará todo para los pobres.

VIUDA.—Bien, hija, bien; ya verás las fiestas benéficas que tenemos que organizar las dos.

FRANCISCO.—Y debieras ser como la Venus.

MARICHU.—¿Hermosa?

FRANCIS.—Sin brazos, para que no me hurgaras en los bolsillos. (*Se oye un organillo a lo lejos.*)

CARMI. — ¡Mi madre! ¡Ay, perdonarme, pero en cuanto oigo un manubrio no sé lo que me digo!

JULIO (*A Marcelina.*) — ¿No te molestará que saque una vez a la niña de la casa?

CELI.—Molestarme, sí; pero comprendo que debes hacerlo.

JULIO (*A Marichu.*)—Marichu, ¿qué baile me concede usted?

MARICHU.—Los tengo todos comprometidos.

JULIO.—Entonces concédame usted el descanso.

MARICHU.—¡Qué gracioso!

JULIO.—¿Me permite usted ver el carnet?

MARICHU.—¿Por qué no?

JULIO (*Coge el carnet, que lleva Marichu colgando, donde se apuntan los bailes comprometidos. Leyendo.*) — "Primero, con Manolo; segundo, con un joven que parece un buzo." (*Riendo.*) Es Montánchez. "Tercero, con uno que tiene cara de memo..." (*Entra Manolo, y al verle Marichu, le dice con cierto desdén:*)

MARICHU.—Están tocando el primer baile.

MANOLO.—Perdona, luego iré a buscarte. (*Se va hacia la mesa que ocupa su padre.*)

MARICHU (*A Julio.*)—¿Quiere usted ocupar el puesto de Manolo?

JULIO.—No me lo hará usted bueno. (*Se cogen del brazo y hacen mutis. Las demás muchachas y muchachos también irán desapareciendo hacia el sitio del baile.*)

OLMO (*Acercándose a los muchachos.*)—Qué, ¿no van ustedes a hacer las delicias de las niñas?

BERM.—Ya lo creo; como que la mujer ama el baile como el cazador al coto.

MAROTO.—No sé por qué mientras haya dotes habrá matrimonios; además, que las madres son notarios disfrazados en los bailes. Yo le estoy poniendo los puntos a la de Olmedano; tiene más de un millón, y sus ascendientes pelearon en las cruzadas.

OLMO.—Pues los descendientes de sus ascendientes pelean en las encrucijadas.

BERM.—Además, que tendrá un millón de dote, pero la pobrecita parece un rifeño.

OLMO.—Entonces no es dote; es indemnización. (*Mutis los tres.*)

VIUDA.—Todo el mundo se va al baile, debemos dar una vuelta para ver como está aquello. (*A don Francisco.*) ¿Viene usted?

FRANCIS.—Yo, con permiso de ustedes, me quedo aquí un ratito.

ALEJAN.—Solo, se va usted a aburrir.

BENJA.—Le haremos compañía nosotros.

VIUDA (*Aparte.*) — Pues más vale estar solo...

CELI. (*Iniciando el mutis con la Viuda y Alejandro.*)—Ha sido una idea digna de usted traer un organillo; las muchachas están locas. (*Mutis.*)

BENJ.—¿Estará usted contento, verdad?

FRANCIS.—Encantado; soy el hombre de moda. Si esta popularidad me pilla con treinta años menos, mi paso por el mundo hubiera sido más sonado que el paso de las Termópilas... Si yo nazco a la par que Pizarro y Colón y los Reyes Católicos (que Dios guarde), en vez de tener el mundo dos mundos, tendría, por lo menos, tres. Yo hubiera descubierto el tercero.

BENJ.—¡Quién lo duda!

FRANCIS.—Hombre, y usted, que tanto sabe..., ¿no tiene usted noticias de algún mundo nuevo que descubrirme?...

BENJ.—Ya organizaremos una exploración por los bosques vírgenes del Brasil.

FRANCIS..— ¡Qué gran placer! Descubrir una espesura en la que la mano del hombre no ha puesto nunca el pie.

BENJ.—Usted explorará.

FRANCIS.—Con eso y con que la guerra hubiera durado un par de añitos más, me traigo de botones a don Roque Feler, ese multimillonario nuevayorquino.

MANOLO.—¿Qué le falta?

FRANCIS (*Misteriosamente.*)—Me falta un lío del gran mundo, con padrinos, duelo fracasado...; ser unos días la comida de las fieras.

BENJ.—Veremos el modo de complacerle.

FRANCIS.—Pero que no se entere mi jefe político.

BENJ.—Qué disgusto se llevaría con lo que le quiere.

FRANCIS.—No, no; yo no quiero que sepa lo del duelo para que se arregle con un acta. Si se entera, me obligará a batirme.

MANOLO.—Y hablando de otra cosa; ¿es verdad que ha comprado usted la biblioteca del duque de Otero?

FRANCIS.—Sí; trescientas mil pesetas. Me ha dicho Vindel que es magnífica... Casi todos los libros están escritos en tapas de tambores y panderetas, como que son de los tiempos en que nadie sabía leer ni escribir. Yo no entiendo ni jota.

BENJ.—En cuanto vaya a Madrid me paso un mes sin salir de su casa estudiando esas joyas.

FRANCIS.—Como no entienda usted la lengua de los curas, se quedará usted *in albis*, como yo.

MANOLO.—Ha convertido usted el palacio en un museo.

FRANCIS.—Marichu le llama la trapería artística. Mucho de lo que tengo ni es antiguo ni es artístico. (*Se ríe.*) Me han colocado ustedes cada birria.

BENJ.—He adquirido por tres cuartos y medio, como quien dice, una de las Tablas de la Ley.

FRANCIS.—¿Las que escribió Moisés?

BENJ.—De su puño y letra.

FRANCIS.—Magnífica madera. Un montón de siglos, y sin alabearse.

BENJ. — No divulgue el hallazgo. Quiero que haga usted más excavaciones artísticas en esta finca, y que la descubra usted casualmente. Yo le inmortalizo a usted.

FRANCIS.—Le estoy verdaderamente agradecido, porque me ha hecho usted coleccionista. Hay que tener una manía: juntar sellos, estampas, cacharros. Cuando los años nos quiten las ilusiones, y los nietos sean hombres, y la llama de amor no sirva ni para encender un pitillo, el que tenga una manía se habrá salvado.

MANOLO.—Para los coleccionistas, la vida es amable, porque en ellos no mueren las ilusiones.

FRANCISCO. — Así como los moromucistas mueren tranquilos porque les espera una hurí, los coleccionistas creerán que el sello, el libro, el cacharro que les falta estará también por allá arriba, como las huríes de que nos hablan los anacoretas.

BENJ.—Bueno, ha sido una idea genial la de dar la fiesta en esta finca de usted.

FRANCIS.—De este modo he matado dos pájaros de un tiro. He proporcionado a mi futura el placer de ejercitar la caridad y tengo distraída a mi hija.

MANOLO.—Marqués, ¿no quería usted un lío del gran mundo?

FRANCIS.—Hombre, sí.

MANOLO.—La señora de Calino está para usted que ni a la medida.

FRANCIS.—Ya me gustaría; pero creo que Julito...

MANOLO.—Mejor, así será un triunfo más sonado: ¡derrotar al marido y al otro! ¡No es nada!

BENJ.—¡Y la ocasión propicia es esta noche!...

FRANCIS.—Hombre, esta noche... Con la gente que hay.

MANOLO.—¿Y eso le apura al hombre que hace un momento pensaba descubrir un nuevo mundo?

BENJ—Vamos, marqués.

FRANCIS.—¡Qué demonio! Voy allá. Pues de cobardes no se ha escrito nada. Tienen ustedes razón. "Audaces, fortuna y uvas". (*Mutis por la derecha.*)

BENJ.—¡Imbécil! Con todas sus riquezas no será más que un esclavo mío.

MANOLO.—Lo de la mujer de Calino será un arma más que esgrimiremos en favor nuestro.

BENJ.—Ya habrás visto con qué habilidad he deslizado lo de la fuga de Marichu.

MANOLO.—No se habla de otra cosa en la fiesta.

BENJ.—Y nadie sabe quién es el autor de la noticia. Bueno, ¿has hecho lo que te dije con el del Casino?

MANOLO.—Naturalmente. Le puse toda clase de dificultades en tu nombre para que no funcionara la ruleta, y, al final, me dejé convencer.

BENJ.—¿Nada más?

MANOLO.—Sí; le dije que en la primera bolada me jugase quinientas pesetas al siete.

BENJ.—Yo te dije cuatrocientas.

MANOLO.—Esas son por tu cuenta. Pero yo añadí cien de comisión... ¡Ah! El que está ahí, deseando verte, es el dueño del Peerles Hotel.

BENJ.—¿Aquí?

MANOLO.—Sí; en la puerta; no le han dejado pasar; pero yo le he dicho que espere.

BENJ.—¿Y qué quiere?

MANOLO.—Está apuradísimo por la multa que le han impuesto, y cree que es una venganza porque te ha presentado la cuenta del banquete con que obsequiaste a las autoridades cuando llegaste.

BENJ.—¿Eso cree?

MANOLO.—Y tanto es así, que está dispuesto a no cobrarte el banquete.

BENJ.—Ese es un hombre honrado, y para que vea que yo soy un caballero, vete a comunicarle que le perdono la multa.

MANOLO (*Indicando el lateral derecha.*)—Mira, mira, lo que viene por allí.

BENJ.—Ya son nuestros. Llégate a lo que te he dicho, y déjame a mí, que tengo un plan. (*Mutis los dos por la derecha, último término.*)

(*Por la derecha, primer término, salen don Francisco y Marcelina muy amartelados.*)

CELI. — Crea usted, marqués, que yo me arrepiento únicamente de lo que no he hecho.

FRANCIS. (*Aparte.*)—¡Demonio!

CELI (*Mirando a todos lados.*)—¡Pero qué es esto! Sin darnos cuenta, hemos abandonado a los invitados, y estamos solos... Completamente solos. (*Fingiéndose apurada.*)

FRANCIS. (*Muy digno.*) — No olvide usted que soy un caballero.

CELI. (*Aparte.*)—Pues me he lucido. (*A don Francisco, con mucha intención, como invitándole al vals.*) Un demonio sí que es usted.

FRANCIS. (*Aparte.*)—Esta quiere que se la lleve el diablo. (*A ella.*) Por Dios, Marcelina...

CELI.—Y volviendo a la conversación que traíamos, debo decirle que no comprendo sus escrúpulos monjiles; las señoras casadas podemos oírlo todo.

FRANCIS.—Me avergüenzo como un colegial. Lo que iba a contarle es algo subidito de color.

CELI.—¿Pero qué es ello?

FRANCIS.—Se lo diré sin detalle: se trata de un escarceo de mi juventud. Una vez que me escondí en un baño, y me pescaron.

CELI.—Sería gracioso. La pesca del bonito.

FRANCIS. (*Aparte.*)—(Debe ser un piropo). (*A ella.*) Si yo la contara a usted todas las cosas que he hecho de joven...

CELI.—Habrá usted sido un trueno; pero yo juraría que usted ha pasado por la juventud vestido de blanco.

FRANCIS (*Aparte.*)—(Me parece que empiezo a estar en ridículo.

CELI.—Marqués, quisiera pedirle un favor.

FRANCIS. — Hecho; porque, como dijo el filósofo, la que manda eres tú, y el esclavo soy yo.

CELI.—Se trata de mi marido. Quiero que le hagan gobernador.

FRANCIS.—Se hará.

CELI.—Y a ser posible que le envíen a León o Albacete.

FRANCIS.—¿Y por qué a esas provincias?

CELI.—Porque los rápidos y los correos pasan entre las dos y las tres de la mañana, y cuando viaja un político tiene que bajar el gobernador a saludarle.

FRANCIS.—¡Qué ideícas!

CELI.—No le extrañe a usted. Mi esposo no me ha comprendido nunca; jamás se ha preocupado de mí.

FRANCIS.—Es extraño.

CELI.—Y tan extraño, porque ya sabe usted que el marido es amo en Alemania, compañero en Francia, carcelero en Italia, socio en Norteamérica y celoso en España.

FRANCIS.—¿Y el de usted, por lo visto, es norteamericano?

CELI.—Completamente yanqui.

FRANCIS. (*Aparte.*) — (Tendré que decidirme.) (*A ella.*) Siendo jóvenes aún, no lo comprendo; porque un matrimonio sin amor es árbol sin fruto, rosal sin rosas, cuerpo sin alma.

CELI.—Oyéndole a usted tan becqueriano,

siento deseos de imitar al pobre Valbuena y desmayarme en sus brazos.

FRANCIS.—Me parece prematuro el accidente.

CELI. (*Aparte.*)—(Pero este hombre es de trapo.) (*A él.*) Creo que nos debíamos marchar de aquí, corre un airecillo muy desagradable, y yo me he quedado fría... Vea usted, vea usted. (*Le da la mano, que él toma entre las suyas.*)

FRANCIS.—Qué cosa más extraña. El contacto del hielo me hace sudar a mí.

CELI. (*Con vehemencia.*)—¿De verdad?

FRANCIS. (*Ensimismándose poco a poco.*) De verdad. Yo hace algún tiempo la he mirado cómo fruta prohibida.

CELI.—¿Y no se ha decidido usted a ser Adán?

FRANCIS.—Exactamente. No he tenido valor para hacer desgraciado a un amigo.

CELI.—Tantas veces desgraciado; el pobre no ha hecho gran carrera.

FRANCIS.—Pero yo no puedo callar por más tiempo mis sentimientos, porque...

Todo ésto, Marcela mía,
está respirando amor...
y el mío es ya un torrente desbordador.

(*Quedan cogidos de la mano y amarteladísimos.*)

BENJ. (*Sorprendiendo el cuadro.*)—¡Marqués, Marcelina. que vienen Lola y Alejandro, su esposo de usted!

FRANCIS. (*Reponiéndose un tanto.*)—¡Cómo! ¿Qué?

BENJ.—No se apuren ustedes. La autoridad no ha visto nada. Soy la discreción con bastón de borlas. (*Cambiando de tono, porque entran La Viuda, Olmo y don Alejandro.*) Nada, nada, marqués, aun violentándome mucho, ante esa amenaza, no tengo más remedio que aceptar.

VIUDA.—¡Pero si están aquí!

ALEJAN. (*A Marcelina.*)—¿Dónde te habrás metido?

BENJ.—Como este lado del jardín está más tranquilo, y Marcelina estaba un poco mareada con las luces y el baile, nos vinimos aquí, y aprovechando la ocasión de estar solos el marqués y yo... Marcelina es de confianza, claro, hablábamos del asunto que tanto nos interesa: de la la felicidad de nuestros hijos.

CELI.—Cierto.

OLMO.—A propósito, ¿usted sospecha quién puede ser el canalla que ha propalado...?

BENJ.—¡El... canalla!... Seguramente el tal Carlos.

VIUDA.—¿Cómo iba a saber lo ocurrido, si se marchó antes?

BENJ.—Pero no ha faltado quien lo viera rondando por la casa apenas salió.

OLMO.—Y a usted no le preocupa. ¿eh?

BENJ.—Nada; y buena prueba de ello es que al llegar ustedes ultimábamos detalles de la boda. Por cierto que el marqués, con su nunca desmentida generosidad, se ha empeñado en dotar a Marichu en un millón de pesetas y prometía a mi Manolo, como regalo de boda, una locura...: cincuenta mil duros en dinero. (*Con intención.*) ¿No es cierto, marqués?

CELI. (*Aparte.*)—(¡Qué granuja!)

FRANCIS.—Tan cierto como que Valdecilla, con su acostumbrado desprendimiento, se ha negado en redondo a admitir nada.

CELI. (*Aparte.*)—(Este hombre es el Vivillo.)

FRANCIS.—Sin embargo...

BENJ. — ¡Bah!... ¡Quieren ustedes que murmuremos un poquito. He oído decir por ahí que en este mismo sitio, no hace mucho, una parejita se juraba amor eterno.

VIUDA.—Eso es muy natural.

BENJ.—Es que la ella de la pareja es una señora casada.

VIUDA.—¿Sí?

ALEJAN.—¿Quién es?

BENJ.—No se sabe aún. (*Don Francisco le da con la pierna y le tira del frac.*)

OLMO (*Aparte.*)—(Ya te he visto el juego...)

BENJ. — Pero dejemos eso y volvamos a nuestro asunto. Por última vez, marqués, le suplico que revoque su promesa. Mi hijo no aspira más que a Marichu.

FRANCIS.—Hay que conformarse con el dinero.

BENJ.—Nos resignaremos; aunque somos tan íntimos don Paco y yo, que el verano pasado, en Biarritz, cuando uno no tenía suelto, metía la mano en el bolsillo del otro.

FRANCIS.—Yo fuí siempre el otro.

BENJ.—Vamos a contar a todos lo generoso que es el Marqués. ¿Me acompañan ustedes?

ALEJAN. (*A Celi.*)—Si se te ha pasado el mareo, iremos.

CELI.—Ya estoy bien.

FRANCIS.—Vamos todos.

OLMO (*Sujetando por un brazo a don Francisco y haciendo señas a la Viuda para que se quede.*)—El marqués y yo tenemos que hablar de un asunto del Ministerio.

VIUDA.—Si no molesto, aprovecharé para hacerle una recomendación.

BENJ.—Pues hasta ahora.

FRANCIS.—¿Va usted a averiguar el nombre de esa parejita?

BENJ.—No tiene interés ninguno. (*Mutis por la derecha Benjamín, Alejandro y Marcelina.*)

FRANCIS. (*A Olmo*)—¿De qué asunto del Ministerio me tiene usted que hablar?

OLMO.—De ninguno.

FRANCIS.—¡Hombre! (*A la Viuda.*) Y, usted, Lolita, ¿qué recomendación me tiene que hacer?

VIUDA.—Ninguna.

FRANCISCO.—Entonces se han puesto de acuerdo para darme una broma.

OLMO.—No; nos hemos puesto de acuerdo, efectivamente...

VIUDA.—Pero para hablarle de una cosa muy seria.

FRANCIS.—¿Peligra mi cargo? ¿Ha ocurrido alguna novedad en mis cuadras? ¿Se ha descompuesto el auto?

OLMO.—Por Dios, mi querido amigo. No ha oído usted que es una cosa muy seria.

VIUDA.—Se trata de Marichu.

FRANCIS.—¡De Marichu!

VIUDA.—A la que quiero como si fuese hija mía. Le diré a usted lo que hay velada-

mente. A Marichu la llaman en Madrid el portamonedas de los Valdecillas.

OLMO.—Y va usted a entregar ese ángel de Dios a dos miserables; y como a nosotros nos consta quiénes son, tenemos la obligación de impedirlo ¿Qué contesta usted?

FRANCIS.—Permítame que me reponga del diluvio que ha descargado sobre mi cabeza.

VIU.—Ha sido un chaparroncillo nada más.

FRANCIS.—Pero cómo puede ser...

VIUDA.—El niño es un sinvergüenza, que anda con una y con otras, y que todas las noches se acuesta de día.

FRANCIS.—Eso es espantoso.

OLMO.—No buscan más que el dinero.

VIUDA.—Ellos son los que han hecho circular lo de la escapada de Marichu, dándole la apariencia de una fuga amorosa.

OLMO.—Y ellos los que preparaban a usted un *chantage* para sacar el regalito del niño...

FRANCIS. (*Anonadado.*) — ¿Pero cómo me vuelvo de mi palabra? Aconséjenme ustedes.

OLMO.—Lo primero es traer a Carlos.

FRANCIS.—Eso no; Carlos puso los ojos en mi hija...; yo no puedo olvidar su condición.

OLMO.—Carlos será más que nosotros; le tengo en mi bufete, me representará muchas veces; en una palabra, será yo mismo.

FRANCIS.—De todos modos...

OLMO.—Además, que yo no pretendo que se case con Marichu.

VIUDA (*Aparte.*)—(De eso me encargo yo.)

OLMO.—Aspiro sólo a que venga entre nosotros, como si nada hubiera ocurrido.

FRANCIS.—¿Y vamos a telegrafiar a Madrid para que llegue mañana? No puede ser.

OLMO.—No hace falta; está más cerca. Déjelo usted en mis manos. (*Hace mutis por la derecha.*)

VIUDA (*Mirando hacia donde se fué Olmo.*) ¡Qué lástima que ese hombre no haya pensado en casarse nunca. (*A don Francisco.*) Celebro que el señor del Olmo nos haya dejado solos.

FRANCIS.—¿Tiene usted algo más que decirme?

VIUDA (*Mira a todas partes para cerciorarse de que no hay espías.*)—¿Usted sigue pensando, respecto a mí, como hace unos días?

FRANCIS.—¡La duda ofende!

VIUDA.—Pues bien; lo que tengo que decirle es que aquello de... (*Acciona como cuando don Francisco pisaba a Valdecilla para que no se fuera de la lengua.*) ¡A mí, no!

FRANCIS.—¡No la comprendo!...

VIUDA.—Pues que... (*El mismo juego de antes.*) conmigo no le vale. ¿Me explico?

FRANCIS. (*Aparte.*)—(¡Demonio! ¿Se habrá enterado?) (*A ella.*) Repite que no comprendo su mímica terspsicoriana.

VIUDA.—Se lo diré más claro más claro. Que aunque el señor Valdecilla es la discreción hecha gobernador, yo he adivinado quién es la parejita que se juraba aquí mismo amor eterno.

FRANCIS. (*Procurando poner término a la conversación.*)—Sí; pero ya le ha oído usted que no tenía interés ninguno.

VIUDA.—Para él puede que no.

FRANCIS (*Aparte.*) — (¿Me habrá descubierto Dolores? Probaremos.) (*A ella.*) Sería curioso saber quién es ella.

VIUDA.—Se trata de una mujer a la que yo comparo con una iglesia: tiene un altar mayor en su corazón para el elegido y capillitas para los santos.

FRANCIS. (*Aparte.*)—(Yo debo ser el del altar mayor. Lo sabe todo, y está celosa. Pero, ¿qué tendré yo para las mujeres?)

VIUDA.—Lo que no sabe esa señorita...

FRANCIS. (*Rápido.*)—¡Señora!

VIUDA.—Es verdad; esa señora.

FRANCIS.—No, no. Es que iba a decir: señora, esos amores no deben preocuparle a usted.

VIUDA.—Como que no: ¿no recuerda lo que le dije al empezar nuestra conversación?

FRANCIS.—Sí...; pero... creo que sería mejor que nos fuéramos a ver al señor del Olmo; ha ido en busca de Carlos, y...

VIUDA.—Y no sería mejor ir a buscar a don Alejandro Calino para que le explicara usted de qué hablaba con Marcelina.

FRANCIS. (*Muy embrollado.*)—¡Por Dios, Dolores! ¿Usted supone? Le aseguro que está usted equivocada. Cierto que hablaba con ella aquí hace poco; pero es que tenía que decirla una barbaridad de cosas...

VIUDA.—La mitad nada más: una barbaridad.

FRANCIS.—¡Dolores!

VIUDA (*Muy digna, iniciando el mutis.*)—Yo creí que, por lo menos, tendría usted el valor de sus actos y se arrepentiría de todo.

FRANCISCO (*Conteniéndola.*) — Oígame un momento, porque voy a hacer acto de contrición. ¿Quiere usted escuchar a un pobre pecador? (*Va a caer de rodillas.*)

VIUDA.—No, de rodillas, no. Empiece usted.

FRANCIS.—El hombre es débil.

VIUDA.—Demasiado.

FRANCIS.—Y hay momentos en que en el cielo de un amor puro se presenta una tormenta; un relámpago nos ciega, nos ofusca y nos impide ver el sol que adoramos.

VIUDA.—Siga usted, siga usted.

FRANCIS.—Pero luego, como dijo el poeta, tras de la tempestad viene la calma, y brilla de nuevo el sol, que nos da calor y nos sirve de guía.

VIUDA.—Precioso, precioso. Qué inspirado está usted esta noche.

FRANCIS. (*Aparte.*)—¿Dónde he leído yo eso que no me acuerdo? (*A ella.*) ¿Me dá usted su absolución, Dolores?

VIUDA.—¿Y si otra vez se presenta una tormenta en el cielo ese?

FRANCIS.—No hay cuidado, porque desde hoy llevaré pararrayos.

VIUDA.—Entonces... (*Simula echarle una bendición.*) Absuelto.

FRANCIS. (*Iniciando el mutis con la Viuda.*)—Qué dichoso soy en estos momentos. Y pensar que aquella señora me dijo que tendría la llave de su corazón.

VIUDA.—Infeliz. No sabe usted los que llaman al sereno. (*Mutis los dos.*)

(*Por la derecha, último término, vienen Marichu, Manolo y Carmita. A poco Carlos, por el mismo sitio.*)

MANOLO.—Ya era hora de que pudiera hablarte esta noche.

MARICHU.—No será por culpa mía...

MANOLO.—Es verdad; pero mía tampoco lo es... Ya sabes que estoy de secretario particular de mi padre.

MARICHU.—Sí; ya sé que eres su criado.

CARMI. (*Aparte.*)—Buen pase de castigo.

MANOLO.—¿Cómo de criado?

MARICHU.—En cierta ocasión dijistes de otro secretario que era un sirviente..., y el cargo es el mismo.

CARMI. (*Aparte.*)—¡Ha ido a la bandera!

MANOLO.—Pero es que yo soy quien soy.

MARICHU.—Y el otro es quien es.

CARMI. (*Aparte.*)—¡Brutal!

MANOLO.—Perdona, no he querido ofenderte.

MARICHU.—Las ofensas tuyas se convierten en elogios para el ofendido.

CARMI. (*A Marichu.*)—Has estado bestial.

MANOLO (*Haciendo de tripas corazón.*)—Mal correspondes al cariño que te tengo. (*Marichu hace un gesto como diciendo: "A mi qué"*).

CARMI. (*Aparte.*)—El gachó es una cámara frigorífica.

MANOLO.—¿Por qué no has accedido a que hablásemos unos momentos?

MARICHU.—Solos estamos, porque Carmita...

CARMI. (*Cortándole la palabra.*)—No es nadie.

MARICHU (*Riendo.*)—¡Carmita es como si fuera yo misma, y la he hecho venir porque no faltaría alguien que al vernos completamente solos, hicieran cierta clase de comentarios.

MANOLO.—¿Y quién osaría a ello?

CARMI. (*Aparte.*)—Tu papaíto.

MARICHU.—La misma persona que ha lanzado un rumor.

MANOLO.—Tú estás más allá de ciertas suposiciones, y dentro de poco mi nombre te amparará.

CARMI. (*Aparte.*)—¡Qué Dios te ampare!

MARICHU (*Con dignidad.*)—Yo no necesito más salvaguardia que mi propia virtud, y en cuanto a lo de tu nombre te advierto, de una vez para siempre, que renuncio a él.

MANOLO.—¿Has pensado lo que dices?

MARICHU.—Figúrate si lo habré pensado. Yo quería que mi padre lo hubiese sabido antes; pero ya que la suerte lo ha dispuesto de otro modo...

MANOLO.—Tu padre ha dado su palabra de honor al mío de que te casarás conmigo, y no debes olvidar que a la que conviene esta boda es a tí...

MARICHU.—¿Qué quieres decir? ¡Canalla! ¡Canalla! (*Se echa a llorar en brazos de Carmita.*)

CARMI.—Acabas de atropellar indignamente a una señorita, y su padre te pedirá cuentas de ello. ¡Ay, si yo tuviera pantalones!... Qué bien dice el sainete: ¡Aquí hase farta un hombre! (*Entra Carlos.*)

CARLOS.—Señores, buenas noches. (*Cara de estupefacción en todos los personajes.*)

MARICHU.—¡Carlos! ¡Tú aquí! ¿Cómo has entrado?

MANOLO.—Como un ladrón. (*Carlos avanza amenazador unos pasos hasta Manolo, se separa y le mira de arriba abajo con tono despectivo. Durante estos momentos, Carmita dice*):

CARMI.—¡Manolo cree que se está retratando!

CARLOS.—Ya le contestaré a usted a eso.

MANOLO.—Estoy a sus órdenes.

CARLOS.—No sé el por qué de esa sorpresa. He venido un poco tarde porque he tenido que hacer unos trabajos de mi nuevo amo. (*Esto último muy recalcado y mirando a Manolo.*) Acabo de abrazar a tu padre, que me ha dicho que estarías en el baile.

CARMI.—¿Pero ha hablado usted con el Marqués?

CARLOS.—Naturalmente; el hecho de que yo me haya ido a trabajar a otra parte por conveniencia mía, no ha entibiado en lo más mínimo el cariño que nos profesamos mutuamente. Pero, cuando yo llegué aquí estabas llorando, ¿qué ha pasado?

MARICHU.—Nada, nada. (*A Carmita, que le hace señas a Carlos como indicando que Manolo ha sido el culpable.*) ¿Verdad que no ha pasado nada?

CARMI.—Casi nada.

CARLOS.—Carmita, suplico a usted que se lleve a Marichu. Procure que no la vea llorando su padre. (*Marichu queda indecisa.*)

CARMI. (*A Marichu.*)—Anda, vamos...

CARLOS.—Vete tranquila, te lo ruego.

MARICHU (*Indecisa todavía.*)—Es que...

CARMI. (*Llevándola cariñosamente.*) — No tengas miedo. No ves que uno es un hombre y el otro es un granuja? (*Mutis Marichu y Carmita.*)

CARLOS.—Ya estamos solos. Espero que me dará usted explicaciones sobre las palabras que pronunció al llegar yo aquí.

MANOLO.—No estoy dispuesto a darlas. De modo que ya sabe usted cómo se solucionan estas cuestiones.

CARLOS (*Como el que le tiene sin cuidado.*)—¡Sí!...

MANOLO.—¿Es usted enemigo del duelo, quizás?

CARLOS.—Lo soy de que los hombres acaben las cuestiones por la fuerza.

MANOLO.—Entonces... usted no se batirá.

CARLOS.—Es un mal menor. Las personas educadas no pueden acabar sus cuestiones a mordiscos o a patadas.

MANOLO.—Pensamos igual.

CARLOS.—No. Una cosa es que yo disculpe y acepte a "forciori" el duelo, y otra que no entienda eso que ustedes llaman el honor.

MANOLO (*Con dignidad.*)—Le advierto que me he cansado de ser condescendiente rebajándome a oirle, y no sé cómo he podido aguantar tanta insolencia sin cruzarle a usted la cara.

CARLOS.—No lo ha hecho usted porque estamos solos y teme que las manos de un hombre honrado acaben con la vida de un miserable, que sólo aspira a hacer la desgracia de una mujer honrada para saciar su sed de riqueza. Pero le juro que no será.

MANOLO.—Ahora resulta que todos esos discursos se encaminan a que usted también aspira a la mina. Es usted un pobre hombre con todas las lacras nuestras; pero sin nuestra categoría social.

CARLOS (*Fuera de sí.*)—Yo soy un hombre honrado y usted un miserable. Al que

hay que castigar como a los foragidos. (*Va hacia él con ánimos de agredirle, en cuyo momento entran la Viuda y Olmo, que los separan.*)

OLMO.—¿Qué van ustedes a hacer?

MANOLO.—Me alegro que hayan ustedes impedido que me manchara abofeteándole. Le ennobleceré cruzando mi acero con el suyo. (*A Olmo.*) Usted será uno de mis padrinos.

OLMO.—Lo siento; pero yo le apadrinaré a él.

MANOLO.—Me es igual. (*A Carlos.*) Puede usted nombrar dos amigos. (*Mutis.*)

VIUDA.—Usted no consentirá que Carlitos se bata con ese pillastre que se ha pasado la vida con el sable en la mano... (*A Carlos, cariñosamente.*) Usted no se bate, no se bate y no se bate.

OLMO.—Se batirá... Digo, al menos que tu...

CARLOS.—Yo hago lo que deba hacer un hombre digno...

OLMO.—Cuando llega la ocasión de jugarse la vida, se la juega uno. La suerte es que esto ocurra a tu edad.

VIUDA.—Pero si lo va a matar... Si no sabe otra cosa.

OLMO.—He dicho que se batirá si quiere Valdecilla, que puede que no quiera.

VIUDA (*Aparte.*)—A Carlitos no me lo pinchan, porque yo le escribo a don Luis Mazzantini, que es muy amigo mío, para que impida el duelo. (*A Carlos.*) ¿Pero usted quiere batirse?

CARLOS.—Pues no lo he de querer... A mí qué me importa la vida, si mi vida es Marichu, y no será mía.

VIUDA.—Que te crees tú eso, como diría Carmita.

OLMO.—No desesperes; fía en mí. Es la primera vez que pretendo ayudar a una persona decente, y sería el colmo que fracasara.

(*Don Alejandro, por la derecha, y detrás todo.. A poco un criado, por la izquierda.*)

ALEJAN. (*A Olmo y a la Viuda.*)—¿Han visto ustedes a Marcelina?

OLMO. (*Mirando hacia la derecha.*)—Por allí viene con Julito. (*A la Viuda.*) A este pobre en las apreturas se le pierde su mujer.

VIUDA.—Y se la encuentra siempre otro. (*Van entrando todos los personajes, Marcelina del brazo de Julito.*)

VIUDA (*A todos.*)—Señores, como se va haciendo tarde, hay que organizar algo como despedida.

OLMO (*Aparte.*)—Veo los bolsillos en peligro.

VIUDA.—Vamos a ver a quién se le ocurre algo para sacar más dinero para los pobres.

OLMO.—No lo dije...

CELI.—Yo voy a proponer una subasta.

VIUDA (*Aparte.*)—Esta quiere deshacerse de su marido.

CELI.—Aquí de los hombres rumbosos. Con permiso de mi esposo, y por ser para los pobres, subasto un beso. (*Aplausos y felicitaciones.*)

ALEJAN. (*A don Francisco.*)—Que altruísmo, qué generosidad... Estoy encantado con mi mujer.

FRANCIS.—Y yo.

ALEJAN.—¿Cómo?

FRANCIS.—Y yo con la mía; vamos, con la que lo será.

VIUDA.—Señores, atención. Se saca a pública subasta un beso de la señora de don Alejandro Calino. ¿Cuánto vale?

OLMO.—Quinientas pesetas.

FRANCIS.—Tres mil y no se hable más.

VIUDA.—¿No hay quien dé más?... Tres mil pesetas a las tres. (*Todos felicitan a don Francisco.*)

FRANCIS.—Marichu, acércate. (*Se acerca Marichu.*) Dale este beso en mi nombre a la bella donante. (*Da un beso a su hija, que a su vez besa en la cara a la señora de Calino.*)

VIUDA.—¡Qué delicadeza!

ALEJAN.—¡Qué corrección!

BENJ. (*Aparte.*)—(¡Qué generosidad!)

CELI (*Aparte.*)—(¡Qué primo!)

MARICHU.—Ahora me toca a mí. (*Expectación.*) ¿Cuánto vale este manojo de claveles? (*Se quita los que lleva en el pecho.*)

JULIO.—Cien pesetas.

FRANCIS.—Como es para los pobres, hay que subir un poquito más... Trescientas.

MARICHU.—Trescientas a la una...

MANOLO (*A don Benjamín.*)—Voy a pujar también.

BENJ. (*A Manolo.*)—No pujes hasta ver en qué para esto.

OLMO (*A Carlos.*)—Ofrece lo que quieras, que aquí estoy yo...

CARLOS.—Seiscientas.

MARICHU (*Rápidamente.*)—A las tres.

CARLOS.—Muchas gracias; estas flores se las pondré a la virgencita que tienes en la capilla.

CRIADO (*Entrando.*) — Los señores están servidos.

FRANCIS.—Señores, al comedor. (*Empieza el desfile.*) Y tú, Carlitos, ya sabes cuál es tu puesto en la mesa...

VIUDA (*A Carlos.*)—¿Lo ve usted?

OLMO (*A Carlos.*)—Cuenta conmigo para todo.

CARLOS.—Gracias, querido protector; pero ahora, más que nunca, déjeme que siga teniendo fe en el trabajo y en el amor.

FRANCIS. (*Llamando a la Viuda.*) — Oye, Lolín.

VIUDA.—¿Qué quieres, Paquete?

FRANCIS.—Que siento una alegría enorme pensando en el día en que me digas, ruborosa: Pacorro, muere tranquilo, que la sociedad conocerá seguramente otro ilustre prócer. (*Telón.*)

Angel Torres del Alamo

y Antonio Asenjo.

Imp. de **ALREDEDOR DEL MUNDO**, Martín de los Heros, 65.



V. DUZAN
NEUTRÁCIDO
ESPAÑOL
VENCE de modo integral y permanente las enfermedades de estómago, hígado e intestinos.
Remedio seriamente científico y *único en el mundo*, por su eficacia y originalísima composición (azufre, calcio y carbono coloidales). *No contiene* los nocivos BISMUTOS, BICARBONATOS, MAGNESIAS, COCAÍNA, MORFINA, etc., que integran todos los demás específicos para el estómago. *No produce* estreñimiento y *lo suprime* totalmente. *Cura*, así, el *exceso* como *la falta* de ácidos. *No obliga* al régimen lácteo y permite en breve plazo *comer de todo*, con digestión perfecta. *No tiene* sabor alguno. Nacido al impulso de tenaces trabajos de Clínica y Laboratorio, ha conquistado su prestigio definitivo por la constante formulación que le dispensa nuestra cultísima clase médica.
Frasco. 6 pesetas.
Tambien se expenden frascos dobles (medio litro) a 10 pesetas.
El notable médico de San Fernando (Cádiz), Doctor José González Camoyano, dice en su informe:
«Neutrácido Español» es el producto más original en la terapéutica del aparato digestivo y sus efectos sobre los más variados casos en que lo he ensayado, me inducen a calificar este específico de muy científico y nuevo por su composición, y maravilloso por sus efectos».
Solicite Vd. del concesionario exclusivo
D. José Marín Galán, Arjona 4.—Sevilla, *un notabilísimo y lujoso folleto que le será remitido gratuitamente.*


"METAL"
½ WATT